Salidas y entradas



Nuestro ministerio con las Iglesias Menonitas de América Latina y más allá

HELEN DUECK

Salidas y entradas

Nuestro ministerio con las Iglesias Menonitas de América Latina y más allá

HELEN DUECK

EDICIÓN EN ESPAÑOL:

Producción y editorial: Editorial Colirio

Edición en español: julio 2024

Reg.: en trámite

ISBN:





"*Salidas y entradas*" les queda bien a Helen y Henry Dueck y su extraordinaria flexibilidad para servir donde fueron llamados a lo largo de sus vidas. Estamos agradecidos con Helen por darnos el tiempo de escribir sus experiencias al seguir la dirección de Dios, y las oportunidades resultantes para trabajar con personas admirables en ministerios que continúan impactando a la iglesia global hoy.

-Linda Shelly, directora para América Latina, Red Menonita de Misión.

Con sereno optimismo y una firme confianza en los propósitos de Dios, Helen Dueck nos invita a acompañarla en los viajes de su familia a América Central y América del Sur para enseñar, predicar y traducir. Helen y su esposo Henry, que dominan el inglés, el español y el alemán, aceptan el desafío de ser colaboradores de la obra de Dios en las instituciones e iglesias menonitas del hemisferio sur. Después de que los hijos se fueron a estudiar, también aceptaron invitaciones para enseñar en Suiza, India, Taiwán y México.

-Justina Heese, Miembro de las juntas de misión y educación de la iglesia menonita internacional

Índice de contenidos

Nuestros salmos

Salmo 91

1 El que habita al abrigo del Altísimo
morará a la sombra del Omnipotente.
2 Diré yo al Señor: Refugio mío y fortaleza mía,
mi Dios, en quien confío.
3 Porque Él te libra del lazo del cazador
y de la pestilencia mortal.
4 Con sus plumas te cubre,
y bajo sus alas hallas refugio;
escudo y baluarte es su fidelidad.
5 No temerás el terror de la noche,
ni la flecha que vuela de día,
6 ni la pestilencia que anda en tinieblas,
ni la destrucción que hace estragos en medio del día.
7 Aunque caigan mil a tu lado
y diez mil a tu diestra,
a ti no se acercará.
8 Con tus ojos mirarás
y verás la paga de los impíos.
9 Porque has puesto al Señor, que es mi refugio,
al Altísimo, por tu habitación.
10 No te sucederá ningún mal,
ni plaga se acercará a tu morada.
11 Pues Él dará órdenes a sus ángeles acerca de ti,
para que te guarden en todos tus caminos.
12 En sus manos te llevarán,
para que tu pie no tropiece en piedra.
13 Sobre el león y la cobra pisarás;
hollarás al cachorro de león y a la serpiente.
14 Porque en mí ha puesto su amor, yo entonces lo libraré;
lo exaltaré, porque ha conocido mi nombre.

15 Me invocará, y le responderé;
yo estaré con él en la angustia;
lo rescataré y lo honraré;
16 lo saciaré de larga vida,
y le haré ver mi salvación.

Salmo 121

Levantaré mis ojos a los montes;
¿de dónde vendrá mi socorro?
2 Mi socorro viene del Señor,
que hizo los cielos y la tierra.
3 No permitirá que tu pie resbale;
no se adormecerá el que te guarda.
4 He aquí, no se adormecerá ni dormirá
el que guarda a Israel.
5 El Señor es tu guardador;
el Señor es tu sombra a tu mano derecha.
6 El sol no te herirá de día,
ni la luna de noche.
7 El Señor te protegerá de todo mal;
El guardará tu alma.
8 **El Señor guardará tu salida y tu entrada**
desde ahora y para siempre.

(*La Biblia de las Américas – LBLA*)

Prefacio

Nuestro apartamento del séptimo piso en el centro de Bogotá, Colombia, se había transformado, de un lugar donde cada superficie plana se había utilizado para editar y escribir durante casi un mes, a un lugar de risas, comida y celebración. Y en un rincón de la sala, en nuestro sillón más cómodo, estaba sentado Henry Dueck, que no podía dejar de sonreír, no podía dejar de maravillarse con la gente que le rodeaba y creer que el futuro estaba en buenas manos. Aquí estaban los escritores e ilustradores latinoamericanos (desde Guatemala y Honduras hasta Argentina) con los que él y Helen habían trabajado durante tanto tiempo para dar a las iglesias menonitas latinoamericanas su propio currículo de escuela dominical. Estaban disfrutando de los frutos de su trabajo, tomando una guitarra y cantando las canciones que se habían incluido en el plan de estudios, soñando con posibles proyectos futuros, elaborando estrategias sobre cómo estos nuevos libros de lecciones con ilustraciones y guías para maestros y maestras llegarían a las manos que los necesitaban. Henry, por supuesto, no podía dejar de deleitarse y creer en la gente. Así era él. Nuestro apartamento olía a su brebaje de hierbas chinas que tenía que beber cada mañana. El cáncer que había atacado su cuerpo seguía ahí. Pero Henry estaba disfrutando del momento, disfrutando de la gente, disfrutando de la promesa que veía en ellos. Y también lo hacía Helen. Era una velada que decía mucho sobre quiénes eran.

Habíamos conocido a Henry y Helen cuando eran pastores en Charleswood Mennonite en Winnipeg. Cuando llegamos a Bolivia en 1987, ya estaban allí y nos invitaron a pasar nuestra primera Navidad

boliviana con ellos en Santa Cruz. Su agudo sentido de la aventura y la curiosidad, su deseo de hacerse amigos y aprender de todo tipo de personas, de que la cultura se les contagiara, todo ello era inspirador. Nos consideramos afortunados de tenerlos en Santa Cruz, a un corto viaje en avión, o en autobús de 13 horas desde donde vivíamos en Cochabamba y, unos 13 años después, de tenerlos en nuestra casa en Bogotá durante un mes.

El concepto de "misionero" había estado cambiando en la iglesia menonita durante sus años en Sudamérica, pasando del "nosotros" y "ellos" a la colaboración, el trabajo conjunto y el aprendizaje mutuo. Y Henry y Helen fueron tanto instigadores de esta visión como receptores de la misma. Su matrimonio siempre fue de trabajo en equipo, y nada les dio más alegría que trabajar junto a personas cuyos idiomas y costumbres estaban en proceso de aprender.

Escuche, querido lector, la contagiosa risa de Helen en estas historias mientras lee algunos de los divertidos incidentes de su estancia en Sudamérica. Vea la amplia sonrisa de Henry y sienta su generoso apretón de manos mientras lee cómo se abren camino en otra comunidad de compañeros de trabajo. Sienta la fuerte sensación de Henry y Helen al saberse privilegiados de poder realizar este peregrinaje. Estas historias de sus "idas y venidas" reflejan su alegría al trabajar con los demás, su amor por las Escrituras, la alegría por su llamado y su hermoso compromiso de ser un equipo mientras vivían su aventura.

Helen Baergen

Prólogo

A **menudo** me han animado a "contar" mi historia. No es sólo mi historia, sino la historia de la iglesia en muchos lugares donde servimos y cómo experimenté la guía de Dios. Es una larga historia, y no puedo escribirlo todo, pero es mi deseo mostrar cómo el Señor nos guió a mi querido esposo y a mí y nos protegió a través de muchos valles, y sobre muchas cimas, a muchos lugares de ministerio con muchos compañeros peregrinos.

El grupo de salmos que va del 120 al 130, suele denominarse *Salmos de la peregrinación*. En el Salmo 121, el salmista declara que cuenta con el Señor para que le proteja mientras viaja de un lugar a otro. El Señor provee a sus hijos las 24 horas del día. Ese salmo fue muy valioso para nosotros mientras íbamos de camino, especialmente el versículo ocho: *"El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre"*. Salíamos mucho y siempre volvíamos a entrar. Varias veces, cuando visitábamos mi iglesia de origen en Herbert Saskatchewan, alguien comentaba: "Oh, han vuelto". "Sí, ¡hemos vuelto!".

Me gustaría compartir con ustedes algunas de estas "idas y venidas", no como relatos de viajes o aventuras, sino como experiencias de la guía de Dios a lugares donde otros habían estado antes, donde tuvimos el privilegio de servir y ser constructores del reino de Dios junto con otros. Aunque la cronología sigue mi historia, no quiero que se trate de mí, sino de lo que estaba ocurriendo donde estábamos y de lo que se había hecho antes.

Este ha sido un año largo y solitario a causa de la pandemia de Covid-19. He echado de menos a mi familia más que nunca, especialmente a mi difunto marido y compañero de equipo Henry. Sentí

firmemente que necesitaba embarcarme en un proyecto que me ocupara y me inspirara. Tuve más tiempo para reflexionar sobre las bendiciones que el Señor me ha dado y he disfrutado mucho de mis reflexiones esta última temporada. Viajé por el carril de la memoria y comencé a escribir sobre algunas de mis maravillosas experiencias e incluso algunas de las más difíciles. No puedo dejar de maravillarme de las personas que Dios puso en mi vida y de la forma en que Dios me guió. Eso no significa que siempre haya sido fácil y que mis deseos se hayan cumplido, pero a medida que recordaba y escribía, me venían a la mente muchas experiencias que me aseguraban que Dios siempre estuvo presente y que sus caminos fueron los correctos.

Desde la primera infancia, fui muy bendecida por mis padres y hermanos, la familia extendida, mi iglesia en casa con la escuela dominical, el coro, los hermanos y hermanas en Cristo, y los muchos invitados que se alojaban en nuestra casa. Más tarde, cuando me involucré activamente en la iglesia y conocí al compañero de mi vida, las cosas se pusieron en su sitio una y otra vez.

Me gustaría mencionar a todos los compañeros que recuerdo, pero me temo que podría pasar por alto a algunos. Los relatos son mis percepciones y no reflejan necesariamente hechos o detalles exactos. He intentado ser sincera con los demás y conmigo misma. En la medida de lo posible, he compartido borradores de mis escritos con colegas que estaban allí con nosotros o que trabajaron en estos lugares. Por desgracia, muchos de nuestros colegas ya han fallecido. Supongo que eso ocurre cuando uno es bendecido con una larga vida. Lo que me ha sorprendido es que muchas de las historias que cuento son tan vívidas en mi mente. Estoy muy agradecida de seguir en contacto con muchos antiguos alumnos y compañeros de trabajo nacionales. Sería preferible volver a Sudamérica y hacer alguna investigación real, pero ni mi salud ni mis finanzas me permiten un viaje tan extenso. En su lugar, me he basado en los relatos diarios de mi marido Henry en

sus pequeños libros y en las cartas que escribí a mis padres y que mi madre guardó. Mis hijas también me han ayudado, ya que han leído los relatos de los años en que aún estaban con nosotros.

En su folleto *Sharing Faith Stories*, April Yamasaki hace estas sugerencias: "Reaviva el don que hay dentro de ti, confía en el Espíritu de poder, amor y autodisciplina de Dios, reconoce el sufrimiento como parte de nuestra vocación, y sabe que no estás olvidado ni solo". He tratado de recordar su consejo al recordar los diferentes momentos y direcciones que tomó mi vida y la forma en que respondí a las experiencias difíciles y a las fáciles. Una cosa puedo afirmar: no estamos olvidados ni solos. Confío en que mi historia sea también una ofrenda de agradecimiento a Dios y a las muchas personas que nos tuvieron presentes en sus oraciones.

13

I
Comienzos

1. Introducción

Herbert, Saskatchewan, era una ciudad bulliciosa en la década de 1930, la más grande entre Moose Jaw y Swift Current a lo largo de la autopista transcanadiense. Su paisaje contenía una gran escuela de ladrillos rojos, cinco ascensores, una concurrida zona comercial, muchas iglesias y una Escuela Bíblica en el extremo oeste del pueblo.

Ahí es donde comienza mi historia. La casa de B.F. y Anna Rose Redekop se encontraba al otro lado de la calle de la escuela, a una manzana al oeste de la iglesia de los Hermanos Menonitas y a una manzana al norte, pasando el foso de la hojalatería del negocio de tractores *John Deere* de mi padre en la calle principal. Mis tres hermanos mayores eran de edades cercanas. Yo llegué cuatro años más tarde y mi hermano pequeño era seis años menor, así que mis compañeros de juego eran los hijos de los vecinos. Decidí que, si alguna vez tenía una familia, mis hijos estarían más cerca en edad.

Mis veranos estaban ocupados con un gran jardín, del que no disfrutaba. Me asignaban tareas como quitar las hojas secas de la larga hilera de plantas de iris y plantar guisantes y maíz. Luego, arrancar las malas hierbas, con la esperanza de distinguirlas de las verduras. Cuando llegó la hora de la limpieza otoñal, nos divertimos haciendo una hoguera y dándonos un festín con las papas carbonizadas que habíamos echado.

Los recuerdos de los domingos de invierno son especiales. En el armario de mis padres había juguetes y juegos que sólo salían los domingos, tal vez para que pudieran descansar sin ser molestados. Después de una cena temprana, mamá nos leía. Yo solía ser la última en orar cuando teníamos devociones (antes de que llegara Wally), y a veces me había quedado dormida antes de que llegara mi turno.

La mayor parte de la familia de mi madre vivía en California y cada dos o tres años hacíamos un largo viaje en coche para visitarlos. Papá solía planificar el viaje para que pudiéramos visitar un parque diferente o una novedad geográfica. Por supuesto, estos viajes tenían que hacerse una vez terminada la temporada de cosechas, por lo que significaba perder varias semanas de colegio. Nuestros profesores aprobaban nuestra ausencia porque pensaban que aprendíamos mucho, y así era, mientras visitábamos lugares como la Feria Mundial de 1939 y el Parque Nacional de Yellowstone. Me gustaría incluir un incidente de 1936.

> *El sábado por la mañana estábamos conduciendo a través de Nevada de camino a casa cuando el eje de nuestro* Chandler *de 1928 se rompió a unas 50 millas de Las Vegas. Papá pidió aventón hasta la ciudad para que lo repararan. Mamá, mi hermana mayor Ruth y mi hermano Bill se quedaron bajo el árbol de Josué, cerca del coche, mientras Lois y yo jugábamos con nuestras muñecas alrededor de los cactus. En medio de la calurosa y larga tarde vimos a dos hombres que se tambaleaban por la carretera hacia nosotros. Mi madre nos reunió y oró* por nuestra seguridad. Justo antes de que se acercaran a nosotros, un coche se detuvo y los recogió.
>
> *Papá regresó con la noticia de que el coche tendría que ser remolcado de vuelta a Mountain Pass, el salón y el garaje de la colina, y esperar hasta el lunes por las piezas de reparación. El am-*

able mecánico y su esposa nos dejaron quedarnos en el garaje. Mis hermanas y yo dormimos en el coche y mis padres y Bill durmieron en una vieja cama al aire libre. Recuerdo aquella estufa de vientre en el garaje donde mamá hizo cacao esa primera noche y otra comida al día siguiente. Ese domingo tuvimos nuestra propia escuela dominical. El nuevo eje llegó en autobús el lunes por la mañana y pronto nos pusimos en camino.

Durante mis últimos años de escuela primaria, tenía tres amigas: Ann, que era judía, Therese, que era católica romana, y Gladys, que asistía a la Iglesia Menonita de la Conferencia General de la ciudad. Hacíamos grandes picnics y fiestas. Cuando estaba en el instituto, hice una nueva amiga, Elvira, cuya familia se había mudado a la ciudad. Cantábamos juntas, tocábamos dúos de piano y nos bautizamos en la Iglesia de los Hermanos Menonitas al mismo tiempo. Nunca me faltó vida social.

Cuando crecí en Herbert, el pueblo tenía una iglesia de los Hermanos Menonitas, una iglesia menonita de la Conferencia General, una iglesia unida, luterana, católica romana, apostólica (a la que llamábamos el Santo Rodillo), la Nueva Jerusalén (suevborgiana), los Testigos de Jehová, y quizás incluso más iglesias. Los conductores de trenes se maravillaban de la cantidad de ministros y misioneros que paraban en Herbert. Conocían las numerosas iglesias porque los reverendos viajaban con billetes de media tarifa. Muchos ministros, misioneros y trabajadores del Comité Central Menonita se alojaban en nuestra casa porque mi padre servía en muchas Juntas. Eso significaba más platos que secar y más limpieza que hacer, pero las historias que escuchaba alrededor de la mesa eran más interesantes que los informes que se daban en la iglesia. El interés que mostraban por nosotros y las oraciones que hacían por nosotros dejaron una profunda huella en mi vida. No es de extrañar que estuviera dispuesta a responder a la llamada para entrar en el servicio misionero.



Foto de MI FAMILIA SIN WALLY DELANTE DE NUESTRA CASA EN HERBERT

2. Compañeros de equipo

Después de terminar el instituto, asistí a la Escuela Bíblica Herbert. Sin embargo, mi curso se interrumpió cuando el maestro de tercer grado de la escuela local se enfermó y se necesitó a alguien que tomara la clase durante las mañanas. Yo ya estaba enseñando la escuela dominical, que disfrutaba mucho. Además, tenía la seguridad de que sería una buena profesora. Mi madre había sido maestra, al igual que su padre y sus hermanos, así que lo llevaba en la sangre, por así decirlo. Acepté el puesto, enseñando por las mañanas y asistiendo a la Escuela Bíblica Herbert por las tardes.

Al año siguiente fui a la escuela de magisterio de Moose Jaw, en Saskatchewan. Esto no me preparó realmente para enseñar en una escuela rural, pero la Junta Escolar del Distrito había dado a algunos de nosotros una beca que no teníamos que devolver con la condición de que pasáramos algún tiempo enseñando en una escuela rural. Resultó ser un año muy bueno. Aprendí mucho sobre organización y etapas de desarrollo enseñando a 18 niños de 1º a 8º curso. La verdad es que lo disfruté mucho.

También supuso un gran cambio de estilo de vida. Me alojé en casa de una familia de granjeros que vivía a cinco kilómetros de la escuela. En otoño iba a la escuela en bicicleta y cuando llegaba el invierno, uno de los chicos, estudiante de octavo curso, nos llevaba con un trineo y un caballo. Entre las estaciones iba a pie, una vez a través del rastrojo arruinando mis zapatos para no encontrarme con el zorrillo (o mofeta) que estaba parada en medio del camino. Los fines de semana los pasaba en casa de Herbert. Mi hermano, que era el superintendente de la escuela dominical, me prometió asegurarse de que llegaría a casa si seguía dando mi clase de escuela dominical todos los domingos.

Un sábado asistí a un servicio de la campaña de Billy Graham en el *Gospel Tabernacle* local. George Beverly Shea cantó: "Si pudiéramos ver más allá de hoy como Dios puede ver...". Esa canción me acompañó toda la semana siguiente en el trabajo. Las palabras, "Él nos guía hasta que esta vida termine; confía y obedece", seguían dando vueltas en mi mente. Una tarde fui a dar un paseo por el barranco que hay detrás del corral. Me senté y luché con Dios.

Luché en silencio con mis profundos sentimientos. Sabía que Dios tenía planes para mí y quería servir a Dios, pero tenía otros sueños. Desde niña había adorado a los bebés. Había muchas oportunidades de cuidar a los hijos de mis hermanos, o a los de nuestros pastores, pero pensaba en el momento en que me casaría y tendría mis propios hijos.

Durante este tiempo, mientras me esforzaba por hacer planes para mi vida, nuestra amiga Eva Kasper murió en un trágico accidente en la India. Eva y su segundo hijo se ahogaron cuando su ferry volcó al cruzar un río. Esto me conmovió mucho. Sentí que nunca podría sustituir a Eva, ya que no creía poseer sus dones y su cálida personalidad. Sin embargo, ahora había una vacante en la India. Poco después, un director ejecutivo de la Junta de Misiones de los Hermanos Menonitas estuvo en nuestra casa. Me habló de la necesidad de maestros en la India. Le dije que estaba interesada pero que necesitaría más formación teológica. Ahora estaba comprometida. Más o menos.

La Universidad de Saskatchewan solo permitía a los estudiantes hacer un curso durante el verano, así que solicité plaza en la Universidad de Manitoba, en Winnipeg, donde podía hacer dos cursos para obtener el certificado. La universidad me envió una lista de libros que debía leer para preparar el primer examen de inglés. No lo había previsto, ya que me apresuraba a terminar el curso escolar de los ocho grados y a entregar los informes de fin de año. Hubiera preferido dormir durante el viaje de 13 horas en autobús a Winnipeg que leer a John Donne. Me hicieron falta todos mis tentempiés y mi termo

de café para seguir leyendo, pero leí a Donne. Había conseguido una habitación en Eben Ezer Hall, una residencia del Mennonite Brethren Bible College. Afortunadamente, había otros estudiantes que pasaban el verano allí, así que a menudo me llevaban de Elmwood a la universidad.

Un fin de semana mi amiga me invitó a acompañarla a la casa de sus padres en el campamento de Arnes. Asistimos al programa de clausura del campamento infantil. Se presentaron los consejeros. Entre los jóvenes había un joven de pelo ondulado llamado Henry Dueck. No le presté mucha atención, ni me fijé en que nos servía helados en el puesto de la concesión.

Más tarde lo vi en la residencia universitaria donde estaba visitando a su hermana y a su marido. Casi al final del curso, me llamaron del teléfono público de la entrada de la residencia. Henry se presentó y me invitó a salir a dar un paseo. ¿Y ahora qué? Yo no estaba en el mercado. Acepté la invitación, pero volví a mi habitación y oré, pidiendo a Dios que me diera la oportunidad de decirle cuáles eran mis planes para el futuro; que estaba comprometida con el servicio misionero.

Fue una tarde encantadora; habría sido aún más encantadora si no hubiera tenido tantas cosas en la cabeza, como mis exámenes finales y mi futuro. Bajamos por la autopista Henderson hasta la avenida Hespeler y seguimos hasta el río Rojo, donde íbamos a dar un paseo en barco. El tipo que nos alquiló la barca no sujetó bien el motor, así que justo cuando habíamos empezado a ir bien, el motor se cayó al río. Bueno, ¡hasta ahí llegó nuestro viaje sin problemas! Estábamos volviendo lentamente a la heladería de Snowden cuando Henry me preguntó: "¿Qué vas a hacer cuando acaben las clases?". Estupendo, podría contarle mis planes. Me sentí muy aliviada. Henry sabía que iba a volver a casa vía Boissevain, donde vivía mi hermana. Intentó reunirse conmigo en la estación de autobuses, pero su bicicleta tenía una rueda pinchada, así que no lo consiguió. Está bien.

Las clases comenzaron en Morse, Saskatchewan, donde iba a empezar a dar clases a los grados 3, 4 y 5. Me habían elegido para supervisar a los estudiantes de magisterio en sus períodos de prácticas, así que tuve que ir a una reunión en Moose Jaw a principios del curso. Entonces recibí una carta de Henry. ¿Podría pasar por Herbert en su camino de vuelta a la universidad en autobús después de visitar a su familia en el oeste? La fecha era el fin de semana de mi reunión en Moose Jaw. ¿Y ahora qué? Mi familia no lo conocía, ¡yo apenas! Hablé con mi hermana casada, que se ofreció a acogerlo y dijo que podíamos utilizar una vieja camioneta de negocios para ir a Moose Jaw, ya que el coche familiar estaba ocupado ese día.

Tuvimos 90 minutos para conversar en nuestro camino de ida y vuelta a Moose Jaw. Henry paseó por la ciudad (no llegó a los famosos túneles de Al Capone) mientras yo asistía a mis reuniones, y luego me llevó a cenar. Me enteré de que sus padres habían sido inmigrantes del este de Rusia en 1926 y se habían establecido en Coaldale, Alberta, donde su padre se dedicaba a la agricultura porque no podía enseñar en la escuela, como había sido su profesión en Orenburg, Rusia. Su madre había muerto cuando él tenía ocho años, dejando ocho hijos. Henry estaba en el medio. Llegó a la familia una segunda madre que aceptó a los niños como propios, dándoles a cada uno un segundo nombre. Sólo estuvo con ellos tres años cuando también murió de cáncer. El padre de Henry se casó de nuevo, y este tercer matrimonio no había sido una relación tan agradable. Hacía un año, Henry había vendido su parte de una granja cerca de Tofield, Alberta, que había comprado con su cuñado, para poder prepararse para el ministerio cristiano. Hasta ahí, todo bien.

Luego llegó el domingo. Yo era la pianista de la iglesia, así que me sentaba delante y mi invitado tenía que sentarse solo en la congregación. La suerte quiso que una de sus compañeras de universidad estuviera allí y que estuviera muy segura de saber el motivo de

la visita de Henry Dueck. Henry se fue en autobús esa tarde y yo me quedé con mis preguntas. Las cartas comenzaron a fluir en ambas direcciones. El decano de la universidad, el tío de Henry, John A. Toews, le llamó a su despacho para advertirle de que la facultad estaba preocupada por su "curso por correspondencia". "La dueña de la casa donde vivía en Morse puso mi correo en la nevera, sospechando demasiado calor romántico". Cada vez me sentía más cómoda con nuestra amistad. En realidad, me estaba cayendo "bien", como decía uno de mis profesores.

Henry pasó por aquí de camino a Alberta para pasar la Navidad. A su regreso, me hizo la pregunta entre las luces del árbol de Navidad de mi hermana. Mis padres estaban dispuestos a dar su consentimiento. Para mí era importante recibir la confirmación de varias personas que nos conocían a los dos. Nuestro compromiso mutuo era tanto un compromiso de servicio cristiano conjunto como una relación romántica. Nos estábamos convirtiendo en un equipo.

Fue un noviazgo bastante extraño. Si quería asistir a la Universidad Bíblica de los Hermanos Menonitas el siguiente otoño, como había sido mi plan, tendríamos que casarnos. En aquella época no se permitía a los novios estudiar allí. Nunca había conocido a los padres de Henry, así que mis padres nos llevaron a Coaldale, Alberta, para conocer a la familia el Viernes Santo. Mi padre sabía que la iglesia MB de Coaldale era muy conservadora, y que no debíamos romper las reglas viajando juntos sin compañía.

Henry estaba tomando algunos cursos de bachillerato en la Escuela Bíblica Betania en la primavera porque había abandonado la escuela para demostrar a sus tíos que "podía cultivar". "Nos reunimos varias veces para planear nuestra boda en agosto. Los amigos de Henry de Coaldale vendrían si la boda fuera en domingo.

El día de nuestra boda dejó de llover y brilló el sol. Como había estado muy involucrada en la iglesia y en la comunidad, fue una gran

celebración. Tuvimos la bendición del padre de Henry y de mi abuelo dando meditaciones. Nuestro texto fue del capítulo 1 de Josué, "... en cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Después de nuestra luna de miel a Banff y Kelowna, donde conocí a la hermana de Henry, nos instalamos en la vida de Eben Ezer Hall, pero esa es otra historia. Cualquier estudiante que haya vivido allí sabe que es un buen entrenamiento misionero.

El segundo año dimos la bienvenida al mundo a nuestra pequeña hija Karen. En realidad nació en Herbert porque mi padre le pidió a Henry que viniera a ayudar a montar la maquinaria de la cosecha. Mis padres nos llevaron de vuelta a Winnipeg. Pronto nos dimos



FOTO DE LA BODA

cuenta de que el bebé tenía algunos problemas digestivos. En el Hospital Infantil de Winnipeg me entregaron un paquete con su manta y su ropa y nos dijeron que la tendrían en observación. Me sentí angustiada. Nos fuimos tristes a nuestro apartamento y oramos para que se pusiera bien. Después de alimentarla con una fórmula más espesa, su pequeño sistema estaba listo para recibir sus alimentos. Estábamos muy agradecidos por nuestra pequeña.

Henry y yo habíamos sido asignados a un proyecto con niños y niñas en Union Gospel Mission, en North Main, donde la universidad realizaba algún ministerio. Si has estado en esa zona de la ciudad sabrás que es bastante dura. Las madres de los niños sabían que estaba embarazada y no dejaban de preguntar por mí. Un día recogí a mi hija pequeña y me preparé para tomar el autobús a North Main. Henry estaba preocupado y me advirtió que tuviera mucho cuidado, ya que algunos de los porches y escalones no eran seguros. Oré para que el Señor nos protegiera y nos convirtiera en una bendición. Las madres me recibieron con mucho cariño y oré en silencio cuando quisieron abrazarla. Fue una buena tarde.

Solicitamos a la Junta de Misiones el servicio “dondequiera que se necesiten nuestros dones”. Después de la graduación de Henry en la MBBC, llegamos con nuestra hija de un año a la casa de mis padres en Herbert para una visita. Un coche con varios caballeros nos estaba esperando. Al parecer, habían escrito una carta a la universidad invitando a Henry a pastorear la Iglesia de los Hermanos Menonitas Elim. Nosotros no habíamos recibido la invitación. Después de orar y consultar, volvimos a Winnipeg para recoger nuestras cosas y nos trasladamos a la casa pastoral de Elim en Kelstern, Saskatchewan, un pueblo a 45 millas al suroeste de Herbert.

3. Primer Ministerio

L**a Iglesia** Elim resultó ser un buen lugar para comenzar nuestro ministerio mientras esperábamos salir al extranjero. Era una pequeña iglesia rural, una de las primeras iglesias de los Hermanos Menonitas de las praderas. La congregación no prometía un salario alto, pero ofrecía algo de dinero, muchos productos agrícolas y tiempo para que Henry trabajara en las granjas durante la cosecha. Fuimos muy bien recibidos en la congregación bilingüe mientras se producía la transición del alemán al inglés. Henry podía predicar, dirigir estudios bíblicos y un coro, y yo podía ayudar en las reuniones de mujeres. Todavía recuerdo las palabras del anciano diácono al joven predicador: "*Predige das Wort*" (¡predica la palabra!). Había muchas visitas que hacer. Uno de los miembros de la iglesia me dijo: "apreciamos tus visitas cuando te hemos invitado, pero cuando simplemente pasas por aquí, sabemos que realmente querías vernos".

El primer domingo por la noche, un señor con un fuerte olor a tabaco llamó a la puerta y me entregó una botella de leche. "Me comprometí con el Señor a traer a nuestro nuevo pastor una botella de leche cada día", me dijo. Me limité a darle las gracias. Un año después, Henry tuvo la alegría de bautizarlo a él, a su esposa y a sus dos hijas. En el mismo bautismo, la hija de los diáconos, Arlone, que tenía parálisis cerebral, era otra de las candidatas. Cuando la sacaron del agua del foso, su rostro brillaba como el de un ángel.

Nuestra familia fue bendecida con un pequeño en mayo. Robert, al que llamamos Bobby, era un bebé muy tranquilo, pero nos dio un susto cuando no se despertaba para beber. En el hospital ya nos había asustado con "vómitos en proyectil" después de alimentarse. El

médico nos dio un frasco entero de pastillas y sólo nos indicó que le diéramos “una pastilla antes de cada toma”, pero no nos dijo la cantidad exacta ni de qué medicamento se trataba. Cuando le llamé una semana después para decirle que no tragaba, me gritó: “Eso era barbital. Llévalo directamente al hospital”. Entonces supe que era una droga a la que se había vuelto adicto. Nunca más acepté una receta sin saber lo que era.

Estábamos disfrutando mucho de nuestro trabajo, pero también hubo algunas piedras en el camino. Henry estaba trabajando en el campamento de jóvenes, y yo estaba en casa con Arlone (la mencionada hija de los diáconos) y mis dos pequeños, cuando el cielo se oscureció y tuvimos una terrible tormenta de granizo. Las piedras de granizo, que eran demasiado grandes para caber en un tarro Mason, rompieron las ventanas del oeste de los dormitorios de arriba y rebotaron por las escaleras. Daba mucho miedo. Esa noche había una reunión en la iglesia con misioneros visitantes de la India. Pensé que no vendría nadie después de aquella tormenta tan destructiva, pero pronto empezaron a llegar los coches. A pesar de la pérdida de las cosechas y del ganado, la gente acudió a la iglesia ese miércoles por la noche. Ese era el tipo de congregación que había.

Participamos en diferentes ministerios, incluida una emisión semanal de radio llamada *Morning Blessings*. Henry visitaba otras iglesias del distrito para grabar coros, cuartetos y sermones y yo leía un cuento para niños. Los programas se empalmaban en casa en la grabadora de carrete y luego se enviaban a la emisora de radio de Moose Jaw. Era un método bastante arcaico, pero funcionaba. Henry no tardó en participar en el comité ejecutivo de la conferencia de distrito. Uno de los miembros del comité ejecutivo era también miembro de la Junta de Misiones y Servicios de los Hermanos Menores. Cuando se enteró de la existencia de un puesto en Brasil, se dirigió a Henry diciéndole: “Creo que tú y Helen son las personas adecuadas para esa vacante”.



CASA PASTORAL CON UNA VENTANA ROTA

Después de orar y consultar con familiares y amigos, comenzamos el proceso. Ambos habíamos sido ordenados para el ministerio durante nuestro segundo año en Elim. Nuestros dos años en Saskatchewan fueron inolvidables, no sólo por lo que aprendimos, sino también por las profundas amistades y el apoyo en la oración que nos acompañaron en el camino.

4. Kitchener

La **Junta** de Misiones sugirió que Henry completara su carrera universitaria. La universidad de Waterloo parecía el mejor lugar, así que pronto salimos y llegamos a Kitchener, Ontario. Establecimos nuestro hogar en la iglesia de los Hermanos Menonitas de la calle Ottawa. Pudimos alquilar el piso inferior de una casa a dos ancianas de la iglesia que eran hermanas. Pudimos alquilar parte del primer piso, dejando libre la mitad de la sala de estar detrás de las puertas de bolsillo. La segunda mitad se convirtió en nuestro dormitorio, el comedor se convirtió en nuestra sala de estar y pudimos utilizar una pequeña cocina. Compartíamos el baño del piso de arriba y la lavandería del sótano.

Al principio, nuestros hijos echaban de menos el calor de la iglesia del campo, donde nos relacionábamos con otras familias. Aquí los adultos tenían la costumbre de conseguir una niñera después del servicio del domingo por la noche y salir con otras parejas. Pronto conocimos a familias que invitaban a nuestros hijos a jugar con los suyos. Algunos de los padres me pidieron que enseñara alemán a sus hijos después del colegio una tarde a la semana. Henry tenía una tarde libre de clases así que pudo quedarse con los niños. Era un trabajo difícil. ¿Qué niño quiere ir a la iglesia después del colegio para aprender a hablar alemán? Además, el alemán no era realmente mi primera lengua, aunque de pequeña lo habláramos en casa y yo yomaba ese curso universitario. Me inventé juegos y proyectos de manualidades para hacer atractivas las clases. Nos las arreglamos y la paga fue muy útil.

Al cabo de un par de meses, no me sentía demasiado bien y no quería contar a las *Tantes* (tías) lo que me pasaba, pero Liese me lo sacó una mañana. Ese mismo año, cuando la reina Isabel. tuvo que

interrumpir su visita a Canadá a causa de su embarazo, y la historia fue publicada por los medios de comunicación, Tante Liese comentó: "Fuiste afortunada. Cuando te quedaste embarazada sólo lo supimos tú y yo". Henry pensó que él también lo había sabido. Nuestra preciosa Suzie nació el 1 de julio, pero tuvimos que llevarla al hospital porque tenía un problema digestivo como los otros dos. Me quedé con el coche para poder ir al hospital todos los días. Después de una semana pudimos llevarla a casa.

El trabajo de verano de Henry en Silverwood's le hacía pasar largos días fuera de casa, excepto los miércoles, cuando se llevaba a Karen o a Bob. Se lamentaba de no aprender a conocer a la bebé. En nuestra casa hacía mucho calor, así que a menudo íbamos al parque los domingos. Un domingo, yo había sacado la ropa de la bebé y había preparado el almuerzo. Iba a pedirle a papá que recogiera el coche cuando le vi vestir tiernamente a la pequeña. Empaqué el coche.

> *Kitchener estaba preciosa en otoño, con muchos arces cuyas hojas se volvían naranjas y rojas. Comenzaban las clases y las ganancias del verano se agotaban. Henry había vendido su parte de la granja cerca de Tofield, Alberta, a su cuñado y esos pagos nos servirían para los años de estudio. En lugar de pagar los intereses, nuestro hermano cuidaba algunas reses de Henry. Eso no fue muy rentable, ya que una vaca murió al parir en el monte y un novillo se estranguló de camino al mercado de Edmonton. La cosecha había terminado y el pago de otoño se retrasó. Para empeorar las cosas, nuestro cheque había sido devuelto al supermercado NSF (fondos insuficientes). Creo que nos faltaban 8 dólares porque se hizo un retiro sin que nos diéramos cuenta. Esperé al cartero cada mañana de la semana siguiente. Mis oraciones para que ese pago llegara no eran atendidas. El*

miércoles no llegó el cheque, luego el jueves. El viernes por la mañana estaba muy decepcionada y preocupada. Teníamos que ir al supermercado a pagar lo que debíamos. ¿Qué íbamos a hacer? Había otro sobre sin remitente, que puse sobre la mesa. Esa misma tarde lo abrí. Era una tarjeta de Navidad con un billete de 20 dólares. Nuestros amigos de la Iglesia Elim habían escrito: "Pensamos que podrías necesitar un regalo de Navidad anticipado". Lo había hecho de nuevo; le había dicho al Señor cómo satisfacer nuestras necesidades. Realmente me avergonzó. El esperado pago llegó la semana siguiente.

Fue un año escolar muy ocupado, pero hubo tiempo para pasar con el cuñado Jack, que había venido a estudiar a Waterloo con su familia, y con amigos de la iglesia. Llegó de nuevo la hora de la graduación y con ella, el embalaje para volver a Saskatchewan con algunas maletas listas para Curitiba, Brasil. Otras cosas debían ser devueltas a sus dueños y el resto donadas o desechadas. A Henry le habían pedido que predicara el último domingo por la mañana y nosotros salíamos esa tarde para conducir en tándem con Jack y Eleanor. Pueden imaginarse esa última noche de embalaje frenético, preparando a los niños para la mudanza y asegurándose de que el almuerzo estuviera listo.

En algún lugar de Michigan perdimos a nuestros compañeros de viaje, así que paramos en un área de descanso para comer. Entonces Bobby llamó: "¡Ahí viene el camello!". Así llamaban los niños al VW del tío Jack con portaequipajes encima.. Estábamos en nuestro camino juntos de nuevo.

II.
A Sudamérica

1. Brasil

Tras un rápido vuelo a la Columbia Británica para despedirnos de los Duecks, y la familia Redekop en la granja de mi hermana Lois en Boissevain, nuestra pequeña familia fue llevada al aeropuerto de Winnipeg y partimos hacia Curitiba, Brasil. En ese momento, significó varios cambios en nuestro camino a Miami, una corta noche en el hotel del aeropuerto y la primera parada en Manaus, donde experimentamos el impactante calor del ecuador por primera vez. Desde allí fuimos a la nueva capital de Brasil, Brasilia. Cuando finalmente llegamos a Curitiba, tres días después, no había nadie en el aeropuerto para recibirnos. La información de los detalles de nuestra llegada no había llegado. Un agente telefoneó al Hogar de Niños de la Misión MB, y alguien vino a recogernos.

Había mucha emoción para una niña de casi cinco años, otro de tres y una pequeña que celebraría su primer cumpleaños al llegar al pueblo al día siguiente. Por fin, los niños recibieron un poco de leche que no estaba caliente, leche en polvo diluida, y comida que les resultaba familiar. Necesitábamos urgentemente un descanso, y pronto descubrimos que los directores del Hogar serían nuestro refugio cuando necesitáramos un respiro.



Foto de LOS CINCO DELANTE DEL AVIÓN

Esperamos hasta que uno de los lecheros menonitas de otro pueblo pudiera llevarnos a un pequeño asentamiento de inmigrantes menonitas que habían llegado de Paraguay varios años antes. Aquí pasaríamos los primeros seis meses de nuestra estancia, hasta que se construyera nuestra casa y el instituto bíblico en la ciudad. Los 20 kilómetros a través del desierto hasta Guaratuba parecían un largo camino desde la ciudad, pero la familia Wiens nos recibió muy cálidamente. *Onkel* Wiens no tardó en decirnos en bajo alemán que si las cosas en su casa eran lo suficientemente buenas para nosotros, siempre seríamos bienvenidos. Nos demostraron que lo decían en serio.

Las primeras comidas fueron bastante sorprendentes: a los niños se les dio para desayunar un gran plato de sopa de avena cocida hasta que estuviera pegajosa y una gran cucharada con la que comerla. Cuatro ojitos me miraron y yo sólo asentí que estaba bien. En el almuerzo había *feijoada* (frijoles negros) y los mismos cuatro ojos

me miraban. Por suerte, siempre había arroz, pan y mermelada. La electricidad había llegado al pueblo unos meses antes, pero el agua corriente llegaba a la cocina por medio de cubos desde el pozo situado a unos metros de la casa. Tenía que lavarme el pelo y el único lugar para hacerlo era un lavabo en su cocina. Todos miraban cómo me ponía los rulos. Le pregunté a Henry si debía dejarme crecer el pelo para lucirlo como las demás mujeres, pero me dijo que podía esperar un poco.

Nos alegramos cuando por fin pudimos mudarnos a nuestra nueva casa. La mayoría de las casas estaban construidas con tablas de madera verticales y una tabla estrecha para cubrir las grietas entre ellas, al menos se suponía que así era. La luna llena brillaba a través de nuestras paredes. Una pareja mayor de nidos vacíos nos ofreció un lugar para vivir con ellos en su casa de ladrillo, pero elegimos quedarnos en una pequeña casa de madera en nuestro propio patio donde podíamos estar solos con nuestros pequeños. Las paredes eran de tablas cepilladas, por lo que no se podían encalar, y los suelos no habían sido terminados, así que los enceramos para que fuera más fácil barrerlos. Luego vino la tarea de conseguir los muebles básicos, la ropa de cama y los utensilios de cocina. En una de las habitaciones había una cuna y dos camitas que se podían quitar para crear una zona de juegos durante el día. Otra habitación tenía espacio para una cómoda, un armario, un escritorio y un sofá plegable para dormir, y la habitación más grande era la cocina y el comedor.

La Junta de Misiones había sugerido que fuéramos con equipaje aéreo y nos dio una asignación de 400 dólares para el equipamiento. Las mujeres del pueblo me ayudaron amablemente a coser ropa de cama sencilla. Un carpintero local hizo algunos de los muebles (aún más sencillos que los de IKEA) y algunas otras cosas las tomamos prestadas o las compramos en el mercado. Bendije a la persona que nos había dicho que lleváramos juguetes para los niños. Pronto tuvi-

mos muchos amigos. Cuando llegó el frío, hubo *omas* que nos tejieron algunos jerséis y guantes. Hay mucha gente cariñosa en el mundo.

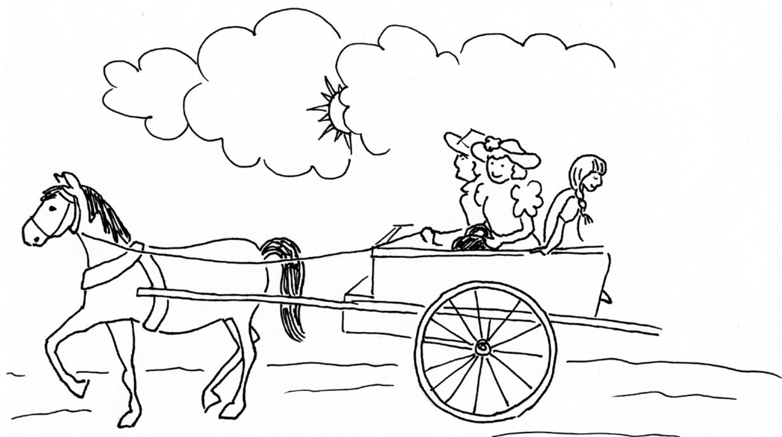
Habíamos comprado una bañera para niños, pero después de que Henry se atascara en ella una noche, nos convencimos de que necesitábamos algo más. Encontró el interior de una nevera e hizo que el herrero cerrara los agujeros para el cableado (casi). Limpiamos el gallinero y allí nos bañamos en nuestra bañera improvisada a la luz de las velas, esperando que los chicos del pueblo no se enteraran nunca. Dos hermanas de la iglesia se ofrecieron a lavarnos la ropa, pero la pequeña bañera tuvo que servir de lavabo para los pañales. Mientras me inclinaba sobre ella, no muy lejos del pozo, sobrevolaban los vuelos internacionales y añoraba las comodidades del hogar.

La preparación de la comida era toda una ceremonia. Para conseguir que la leña ardiera, Henry se arrodillaba reverentemente frente a la estufa y soplaba todo lo que podía. Daba la vuelta a los bollos en el horno a mitad de la cocción porque se cocinaban por arriba o por abajo dependiendo de dónde se acumularan las cenizas. Por alguna razón alguien había desechado la estufa. Compramos el pan a un vecino. Un sábado cociné una olla de sopa y la puse en el pequeño porche. Cuando volvimos de la iglesia el domingo a mediodía, Henry encendió el fuego y pusimos la olla en la estufa. Cuando levantamos la tapa había una capa de hormigas cocidas sobre la sopa. Aquel día debimos de almorzar sándwiches. A la semana siguiente compramos una nevera. Uno de nuestros amables miembros de la iglesia iba al mercado de la ciudad una vez a la semana y se ofreció a conseguirnos fruta y verdura que no había en el pueblo. Fue un regalo de Dios. Los huevos los conseguíamos en la granja de al lado. Un día fui a por huevos y no tenían. Pronto llegó el joven Danny con una docena y dijo que ahora tenían huevos. O las gallinas habían puesto rápidamente o habían encontrado un nido.

Guaratuba era un pueblo de lecheros. Las moscas eran terribles, y las ventanas tenían persianas, pero no mosquiteras. Después de las

siestas de la tarde, cerrábamos las persianas y fumigábamos la casa mientras íbamos de paseo, visitando a los vecinos por el camino. Cuando volvimos, barrí literalmente un cubo de basura lleno de moscas muertas.

> *El Sr. Wiens y su hija Liese iban a la ciudad con su carro de dos ruedas y se ofrecieron a llevarme. Estaba deseando hacer mis propias compras para variar, así que acepté la oferta. Era una mañana cálida y encantadora cuando salimos, pero cuando salimos del gran mercado municipal, el Sr. Wiens sospechó que el tiempo estaba cambiando. Las nubes oscuras amenazaban con una tormenta, así que levantó el techo del carro y nos apresuramos a montarlo con nuestras compras. Nada más llegar al camino de tierra que sigue a la carretera asfaltada, la tormenta se abatió sobre nosotros y empezó a diluviar. Nos pusimos las bolsas de la compra en el regazo mientras el agua se extendía por el suelo del carro. Cada vez estaba más oscuro. De repente, nuestro conductor soltó las riendas y dijo: "No tengo ni idea de dónde estamos. El caballo tendrá que llevarnos a casa". Estaba aterrorizado. Sabía que teníamos que cruzar dos profundos barrancos. Los puentes consistían en tablas sin laterales para proteger el carro. Oré, temiendo que el caballo perdiera los frágiles puentes. Llegamos al pueblo sanos y salvos. Puedes imaginar mi alegría por estar con Henry y los niños.*



CABALLO Y CARRO CAMINO DE LA CIUDAD

Nuestra pequeña familia era una novedad en el pueblo. Una noche, cuando estábamos terminando de cenar, alguien dio una palmada en la puerta, el equivalente a llamar a la puerta. Henry abrió la puerta e invitó a Diedrich a pasar. Entró y dijo con cierta vacilación: "Hemos oído que tienen devocionales nocturnos con sus hijos. Todavía no tenemos familia, pero me gustaría saber qué hacen". Le invitamos a quedarse mientras cantábamos unas breves canciones, contábamos una pequeña historia y orábamos, como era nuestra práctica habitual. Nos preguntamos en qué más se fijaron en nosotros.

Se acercaba la Navidad, pero no lo parecía. Cada vez hacía más calor y el pobre San Nicolás estaba sentado sudando la gota gorda en una esquina de la ciudad. Nuestra hija Karen estaba practicando para el programa en la iglesia con los otros niños. El 24 de diciembre fuimos a participar. Un pino brasileño hacía las veces de árbol de Navidad. Las velas empezaron a cabecear con el calor, así que hubo que

apagarlas; nos aguantamos las risas cuando los niños cantaron “*Leise rieselt der Schnee*” (suavemente cae la nieve). Los mayores habían traído sus costumbres del hemisferio norte.

Henry había estado yendo a la colonia de Witmarsum a predicar una vez al mes. Se trataba de un nuevo asentamiento de agricultores de grano en su mayoría. Todavía no tenían vehículos a motor. Iba a Curitiba con el camión de la leche y luego cogía un autobús para hacer el viaje de una hora hasta la entrada de la colonia, donde alguien le recogía en un carro tirado por caballos para hacer el trayecto de 20 a 30 minutos hasta el centro de la colonia. La mayoría de las veces, llovía. Habíamos oído que la Nochevieja en el pueblo era como nuestro Halloween, y como me daba miedo quedarme sola con los niños, decidimos que iríamos todos a Witmarsum.

¡Qué aventura! Desde el autobús nos llevaron a la primera granja para cenar, luego a la iglesia con algunos vellones y mantas para hacer camas para los niños, mientras pasábamos el servicio de la noche de vigilia con un almuerzo a medianoche. Luego hubo otro largo viaje en carreta para pasar el resto de la noche. Afortunadamente, los niños se tomaron las cosas con calma. Cuando hace poco hablé con mi hija Karen de nuestras experiencias y de lo bien que las habían sobrellevado, me comentó: «Bueno, mamá, no sabíamos nada diferente».

Nuestra casa estaba lista, y los otros profesores del Instituto Bíblico habían llegado, así que nos trasladamos a la ciudad de Curitiba. La vida era muy diferente. A veces pensaba en el cuento infantil del ratón de ciudad y el ratón de campo. Era bueno que primero tuviéramos la experiencia del “campo”. Ahora nos comparaban con otros trabajadores extranjeros y eso no siempre era cómodo. Hasta entonces, las mujeres de la iglesia nos lavaban la ropa, pero cuando nos enteramos de que se comparaba el estado de la ropa de las distintas familias, compramos nuestra propia máquina (en cuotas mensuales, debo añadir). Pronto supimos que el minibús Volkswagen que se

había suministrado para el instituto no estaría disponible para nuestra familia; pedimos un préstamo para comprar uno para nosotros. Así podíamos ir en familia a otras iglesias donde Henry predicaba, incluso a Witmarsum.

Estábamos bien instalados en nuestra casa más grande, aunque de madera, típica del barrio, cuando el pequeño Billy se quejó de que le dolían los dedos de los pies. Una estudiante estaba con nosotros ese día y dijo: “Vamos a echar un vistazo”, y efectivamente, había las reveladoras manchas amarillas junto a algunas de las uñas de sus pies. “Moscas de la arena”, dijo Erica. “Será mejor que revisemos a todos”. Así que comenzó la operación: se introdujo una aguja esterilizada alrededor del nido que los pequeños insectos habían construido bajo las uñas de los pies para levantarlo con cuidado y que no quedaran huevos. Luego se limpió el agujero con queroseno para desinfectar la zona, dedo por dedo. Cuando Henry llegó a casa para comer le dijimos: “Quítate los zapatos y los calcetines”. Tenía nueve dedos infectados. Había otros seres vivos en el patio, por lo que era evidente que entre la basura de lo que antes había sido un terreno baldío, otras criaturas habían tenido rienda suelta. Henry fue a la cooperativa y compró pesticida para graneros, lo esparció por toda la casa y por los suelos y nos tomamos un fin de semana de vacaciones fuera de la ciudad. Una de las señoras de la ciudad pensó que debíamos haber traído los flebótomos del pueblo hasta que ella y su amiga, que nos había visitado, también descubrieron algunos flebótomos en los dedos de los pies.

Fue un placer trabajar con nuestros estudiantes de Brasil, Uruguay y Paraguay y con algunos de los profesores. No habíamos recibido estudios de portugués y yo no había aprendido a hablar bajo alemán en casa, pero nos comunicábamos bastante bien. Los niños pronto hablaron en alemán con sus amigos. Como éramos los profesores más jóvenes y habíamos estado primero en Brasil, los alumnos venían mucho a nuestra casa. Yo tocaba el piano en el departamento de

música y los alumnos venían a practicar. Las mujeres de la iglesia me pidieron que creara un grupo de estudio bíblico para mujeres jóvenes que se reuniera por las tardes, cuando los padres pudieran estar en casa con los niños. Henry me animó a ello, pues quería que tuviera algo que fuera "mi proyecto.

Pronto nos involucramos bastante en la iglesia y en la escuela y la atención que recibimos aparentemente no le sentó muy bien al director del Instituto Bíblico. Intentamos contenernos, pero no era una posición cómoda. El tercer año el director dijo a la Junta del Instituto Bíblico que no quería que Henry enseñara, pero la Junta no quería perdernos. Era el último año del director, así que sugirieron que Henry fuera a enseñar a Bagé, en el sur de Brasil, durante un semestre, pero querían que yo me quedara con los niños en Curitiba. Bagé era una colonia nueva a dos días al sur en autobús. Bagé había preguntado por nosotros en primer lugar, pero la Junta de Misiones nos quería en Curitiba. Mis padres habían venido de visita y estuvieron con nosotros en esos momentos difíciles. Mi padre habló con el presidente de la Junta, pero creímos que debíamos tratar de cumplir. Conseguimos que alguien cuidara de los niños, y mis padres nos acompañaron a Bagé. Henry se quedó y yo, tristemente, conduje todo el camino de vuelta con mis padres.

Llevé a Karen y Bobby, los hijos mayores, a São Paulo cuando acompañamos a mamá y papá en el autobús al aeropuerto para su vuelo de regreso a casa. Cuando papá llegó a la puerta del avión, se quitó el sombrero y se despidió de nosotros con la mano. Esa fue la última vez que lo vi. Murió unos meses después. Bobby me tomó de la mano y me dijo: "Mami, no llores, vamos a casa". Y así lo hicimos.

La vida no era fácil para mí. La gente de la iglesia pasaba a menudo para ver si necesitaba algo. Para entonces Billy se había unido a nuestra familia, así que teníamos cuatro niños pequeños que necesitaban a su papá. Luise, una estudiante de Paraguay, vivía con

nosotros, pero yo me sentía muy abandonada. Le comenté a una de nuestras amigas misioneras que me apetecía ir con Henry cuando volviera a casa por Pascua. Ella me dijo: "No te preocupes, Helen, cuando llegue el momento, lo sabrás con seguridad". Antes de que Henry volviera a casa por Pascua, empecé a empaquetar nuestras cosas y nos fuimos todos a Bagé para los dos meses que quedaban del curso de la escuela bíblica.

Un incidente interesante: *Había una conocida pandilla de chicos mayores que ya había conseguido echar a un ex profesor de patología de la colonia de Bagé y trataron de echarnos a nosotros también. Durante una semana de servicios especiales en la iglesia de al lado de nuestra casa, movieron nuestra VW todas las noches, así que Henry decidió que no iríamos a ningún sitio esa semana. Una vez, mientras daba una charla en el colegio, alguien le lanzó un fajo de papeles que le dio de lleno en el pecho. Él se limitó a responder*: *"Buen tiro" y siguió hablando. El último día de nuestra estancia nos invitaron a comer a casa del jefe de la colonia. Nos dijo*: *"He oído que les ha molestado la banda"* (*su hijo era uno de los líderes*).

"Sí", dijo Henry, "nos han molestado".

"¿Por qué no has dicho nada?"

"¡No creí que sirviera de nada!", respondió Henry.

El líder respondió que iban terminar la banda. Nunca supimos si lo hicieron.

Durante el segundo semestre, de vuelta en Curitiba, Henry estaba a menudo fuera de la ciudad visitando iglesias en una zona en la que los menonitas habían iniciado una labor de divulgación con algunos colonos alemanes. Un domingo volvía a casa de la iglesia con los

niños cuando Karen anunció: “Mamá, no voy a ir más a la iglesia si papá no está con nosotros”. Me limité a responder que ya hablaríamos de ello. Cuando llegamos a la casa, le pregunté a Luise si podía darles el almuerzo a los niños mientras Karen y yo íbamos a la oficina para hablar un poco. Le expliqué que papá estaba predicando en un lugar donde la gente no había escuchado que Dios los ama y quiere que conozcan a Jesús y sean felices. Así que oramos para que Dios bendijera el ministerio de papá y nos cuidara en casa. Me sentí muy agradecida cuando Henry regresó y nos contó sobre el hombre que se había quedado después de la iglesia ese domingo para pedirle que lo ayudara y orara con él.

Sabíamos que la salud de mi padre se estaba deteriorando. Cuando se acercaba al final, mi madre tuvo el acierto de enviar la carta a nuestros amigos del Hogar Infantil, para que me la trajeran y no la recogiera sola en la oficina de correos. Henry estaba de vuelta en Bagé, pero incluso antes de recibir el telegrama que habíamos enviado, sintió que debía interrumpir sus servicios y volver a casa. Estaba allí cuando llegó la llamada de que papá había fallecido.

Estábamos muy agradecidos por la hermosa visita que habíamos tenido con mis padres a principios de ese año. Ese fue uno de los años más duros de mi vida, pero también fue un tiempo en el que se me aseguró una y otra vez que *mi ayuda viene del Señor.*

Cuando volvimos a nuestro horario habitual, el director musical empezó a preparar ambiciosamente el coro y las cuerdas seleccionadas para las representaciones del oratorio *Die Stadt Davids* en Brasil y Paraguay, conmigo como pianista. Entonces Henry y yo sorprendimos a nuestro médico (y a nosotros mismos) con el anuncio de un embarazo. Le dije inmediatamente a Gerhard, el director, que no iba a hacer ningún viaje, así que mejor que buscara otro pianista. “Sólo tienes que practicar con nosotros”, me dijo, asegurando que encontrarían otro pianista.

Llegó nuestra bebé, y todavía no había reemplazo. "Asegúrate de que puedes darle el pecho. Las mujeres de Paraguay también tienen bebés", dijo el director. Hice todo lo que me dijeron las *Omas* (*abuelas*). Comí cacahuetes, bebí *Maltzbier*, descansé, pero todo fue en vano. Luisa era nuestra única bebé sin problemas digestivos, pero no podía alimentarla. Ya había viajado por tierra en Paraguay una vez. Sabía que no se podía seguir el itinerario propuesto con una bebé alimentada con biberón. No quería ir.

Si no iba, el viaje se cancelaba. Habíamos planeado llevar a los dos mayores y dejar a Suzie y Billy con la esposa de otro profesor y sus dos hijos. Ahora también tendríamos que dejar a la bebé con ellos. Volvimos a tener problemas. Tristemente, hice las maletas. La noche antes de irnos, Henry seguía en el instituto y yo estaba acostando a los niños. Karen dijo lo que me pasaba por la cabeza: "¡O nos vamos todos, o nos quedamos todos en casa!". Entonces recordé que mi padre siempre había leído el Salmo 91 antes de emprender los viajes familiares cuando íbamos a ver a mis abuelos en California. Así que cogí mi Biblia en alemán, la que solemos leer a los niños, y leí. Llegué al versículo 10, donde dice "... y ningún mal vendrá a tu casa..." y me invadió una paz maravillosa. Pude asegurar a los niños que todo iría bien.

Fueron cuatro semanas muy duras. Cada vez que veía a una madre con un bebé, apenas podía soportarlo. Uno de los VW se averió entre la Colonia de Friesland y Fernheim. Nos faltó agua en el calor del Chaco mientras los conductores iban a una estación militar para reparar la pieza defectuosa. Entonces me convencí de que el viaje habría sido peligroso con nuestra bebé. Una vez que volvimos a disfrutar de nuestra bebé y de los otros dos pequeños, nos hicimos una foto de familia.

Nuestros colegas, la familia Peters, querían tomarse una licencia

de estudios más larga, así que aceptamos terminar nuestro mandato seis meses antes, tomar una breve licencia y volver durante dos años para no interrumpir el calendario del personal. En aquellos tiempos se podían hacer viajes de ida y vuelta con múltiples escalas, así que empezamos nuestro viaje con una visita en California. Mi tío y mi tía nos recogieron en Los Ángeles y nos llevaron a ver a mi *Opa* y a mi primo. Curiosamente, el marido de mi prima era cirujano ocular. Cuando vio a Henry, le pidió que fuera a su clínica. Allí le dijo que necesitaba una operación ocular muy pronto por algo que se había formado recientemente y que utilizaría un nuevo procedimiento.

Después, nos fuimos a Abbotsford para pasar las Navidades con los Duecks. Para los niños fue un choque cultural. Adivina quién preguntó: "¿Cómo es que mis primos tienen tantas cosas que yo no tengo?" lo que provocó otra pequeña charla de corazón a corazón. Los padres de Henry estaban seguros de que habíamos completado "la llamada de Dios" y que ahora debíamos quedarnos en Canadá y conseguir un trabajo más provechoso. Creo que el padre de Henry se había olvidado la meditación que dio en nuestra boda. Incluso nos dijeron que los hijos debían obedecer a sus padres. Eso hizo que nuestro regreso fuera bastante difícil, pero encontramos fuerza y alegría para nuestro compromiso.

Cuando llegamos a Saskatchewan, descubrimos que el plan de salud del gobierno canadiense pagaría la cirugía de Henry si esperábamos tres meses. Henry se fue a Winnipeg para hacer unos cursos de posgrado en la MBBC. Pudo quedarse con su hermana, cuyo marido estudiaba allí, y yo me quedé en Herbert con mi madre. La gente nos había prestado ropa de invierno para los niños, así que disfrutaron de los deportes de invierno y de las clases en la escuela. Suzie era demasiado joven para el primer curso, pero sabía leer, así que la escuela hizo una excepción. Mi hermana era la profesora del primer curso.

Nuestra estancia en Norteamérica se alargó un poco, pero luego

todos estábamos listos para volver a "casa". ' Pudimos pasar un día en la Feria Mundial de Nueva York (los siete) con la ayuda de dos carros alquilados. Nuestros amigos, los Siders, nos recogieron con su VW *bug* después de los fuegos artificiales para llevarnos a su casa en New Haven, Connecticut. ¡Éramos nueve en el coche! Nuestros niños varones se sentaron detrás del asiento trasero donde estábamos con Karen y Luisa. Nuestros amigos Ron y Arbutus tenían a Suzi en la parte delantera. Al día siguiente nos llevaron de vuelta a Nueva York para el vuelo nocturno a Curitiba. Cuando recogimos nuestro equipaje en la oficina brasileña de Varig Airlines, nos dimos cuenta de que una maleta tenía una cuerda alrededor. Al abrirla en Curitiba, descubrimos que habían sacado todos los discos *long play.* Una pena, pero quizá alguien escuchara las canciones cristianas de algunos de los discos.

Las clases siguieron bien. Los niños mayores volvieron al colegio bilingüe y hubo trabajo más que suficiente para Henry y para mí. Las clases de música y los deberes ocupaban las tardes de los niños. Disfrutábamos especialmente de los fines de semana, cuando podíamos visitar todas las iglesias rurales.

Fuimos invitados a la Asamblea anual de las iglesias MB de América del Sur que se reunió en Uruguay aquel año. Esta vez pudo ir toda la familia. Como estábamos tan cerca de Argentina, decidimos tomar el Aliscafo (aerodeslizador) para cruzar el Río de la Plata después de la asamblea. Después de visitar el mundialmente famoso zoo de Buenos Aires, Henry nos instaló en un restaurante para almorzar mientras él iba a una librería a comprar unos libros de español para un colega. De repente se oyó mucho ruido y las pesadas cortinas metálicas se bajaron, dejándonos a oscuras. Oímos los gritos de la caballería en la calle. Daba mucho miedo. Nos dijeron que se trataba de una sublevación, algo habitual en aquel-

> *los tiempos. ¿Pero cómo nos encontraría Henry? Traté de mantener a los niños tranquilos y oramos. Milagrosamente la cortina se abrió un poco y Henry apareció. El dueño del restaurante llamó a la policía. Vinieron y nos condujeron a través de callejones y fuera del peligro, donde pudimos tomar un taxi hasta el puerto y volver a Uruguay.*

Algún tiempo después, nuestro Billy de cuatro años estaba escuchando su disco favorito, jugando a "¿cómo cruzó Moisés el Mar Rojo? ¿Caminó? No, no. ¿Corrió? No no. ¿Nadó? No, no, no...?". Oí al pequeño viajero del mundo decir: "No, ¡tomó el *aliscafo*!".

Los dos años pasaron rápidamente. Karen se graduó de la escuela primaria bilingüe y Bob y Suz terminaron sus grados en diciembre. Los inscribimos en la Escuela Panamericana de Inglés durante el último semestre para que estuvieran preparados para el sistema americano. Ahora nos tocaba a nosotros seguir con los estudios. Consideramos varias opciones y, tras consultar y orar, decidimos que el Seminario Bíblico Menonita Anabaptista de Elkhart sería lo mejor.

Nunca me gustó la despedida y mi canción menos favorita es "*God Be with You 'til We Meet Again*" (Que Dios esté *con ustedes hasta nos volvemos a encontrar*). En nuestra cena de despedida, el director del Instituto Bíblico comentó: "La grandeza no se mide por la longitud del cinturón de un hombre". Se refería a un profesor visitante bastante corpulento y a mi marido más bien delgado. Fue un final feliz.

Elkhart

LLlegamos al AMBS, en Elkhart, Indiana, para el nuevo curso escolar. Henry tenía un trabajo pastoral a tiempo parcial organizado por el seminario. La casa pastoral de la Iglesia de Salem estaba lista para que nos mudáramos, pero en su mayor parte no estaba amueblada. Habíamos traído una cantidad mínima de ropa de cama y utensilios de cocina del sótano de la abuela, donde se guardaban nuestras cosas, pero recorrimos con gusto las tiendas de segunda mano para conseguir el resto. Mientras tanto, podíamos quedarnos con Jack, el hermano de Henry, y su familia en Goshen. Pronto nos instalamos. Incluso habíamos encontrado una secadora de segunda mano que tenía muy buena pinta, sólo que no funcionaba. Después de trabajar en ella sin éxito unas cuantas horas, mi “Jack de todos los oficios” me despertó en medio de la noche siguiente y dijo alegremente: “Creo que sé lo que le pasa a la secadora”. Bueno, así era como nos las arreglábamos para vivir cómodamente.

Las clases comenzaron para los niños y para nosotros. Fue un choque cultural para todos, pero todos estaban contentos. Los niños se dieron cuenta de que sus nuevos amigos llevaban ropa diferente cada día y jugaban a cosas distintas. Pude inscribirme en algunas clases nocturnas. El jueves por la noche había clases de piano para las niñas y noche de compras en el supermercado. Los sábados por la mañana se repartían las tareas domésticas y por la tarde se hacían las visitas pastorales. Los boletines de la iglesia se doblaban mientras veíamos los Hillbillies en la televisión por la noche. La gente de la iglesia metodista unida era muy complaciente. Fue bueno tener visitas de la familia para el día de Acción de Gracias, Navidad y Pascua.

El primer año pasó rápidamente. Luego, en una semana de mayo, recibí tres cartas, una del Departamento de Educación de Saskatchewan en la que me decían que me harían cargo de las clases que tomara

en Goshen College para mejorar mi certificado de enseñanza, otra de Goshen en la que me decían que recibiría un 80% de descuento en la matrícula, y la última de mi madre en la que me decía que vendría a quedarse con Lou, nuestra hija de preescolar, si yo podía estudiar. ¡Qué regalos! Empecé con las clases de verano, en realidad, Nutrición 301. Llevaba 18 años sin estudiar, así que pensé en empezar con algo con lo que estuviera familiarizada. Pronto descubrí que había muchas cosas que no sabía. ¿Se imaginan que me pusiera a estudiar Historia Americana Reciente, un curso de nivel superior, cuando nunca había estudiado nada de historia americana? El Dr. Smith fue muy amable.

El segundo año trajo algunos desafíos. El autobús escolar de Karen vino a recogerla primero, luego Henry y yo nos fuimos a Goshen/Elkhart. Bob, Suz y Billy y un par de hijos de vecinos subieron a su autobús en nuestra casa, y la abuela se quedó en casa con Lou. Llegamos todos después de las cuatro y la abuela tenía la cena lista antes de las seis. Henry y yo tratamos de estudiar lo máximo posible en la escuela para poder dedicar la noche y el fin de semana a la familia y a la iglesia.

> *Entonces, un jueves me quedé en casa, ya que los niños no tenían clases y había una cena de otoño en la iglesia. Billy fue atropellado por un conductor que se dio a la fuga y quedó en la calle con heridas graves. Tenía la clavícula, el pómulo y el cráneo fracturados. De hecho, su cabeza estaba cosida como una pelota de béisbol. El cirujano que le atendió dijo: "Puede dar las gracias al jefe de arriba por tener todavía a su hijo". Recibimos mucho apoyo. El Dr. y la Sra. Waldner, presidente del seminario, vinieron a vernos. Un vehículo también había atropellado a su hija. Unos meses después, un niño que había esperado el autobús con nuestros hijos murió en un accidente de carretera. Para Billy fue difícil aceptarlo.*

Se preguntaba por qué él había vivido y Mark había muerto. También perdimos a nuestra buena amiga, una profesora de música de Goshen, madre de cuatro hijos, que fue asesinada por un conductor ebrio.

El conserje de la iglesia dimitió, y los niños nos rogaron que les dejáramos aceptar el trabajo para poder ganar un poco de dinero de bolsillo. Bueno, después de algunos planes y compromisos, accedimos. Esto es lo que acordamos: Karen limpiaría el santuario y el vestíbulo mientras Henry pasaba la aspiradora, Bob y Suz limpiarían las aulas de la Escuela Dominical y yo me encargaría de los baños (los nueve retretes). Los sábados por la mañana nos íbamos cantando (no siempre) como cinco de los enanos, con la promesa de que las tareas en casa también se harían. Tal vez lo haya olvidado, pero de alguna manera funcionaba, y para crédito de los niños, eran muy responsables.

Los pastores de la Iglesia Metodista rotan el primer domingo de mayo. Como el nuevo pastor de Salem no quería vivir en la casa parroquial, podíamos quedarnos allí. Las clases de Henry terminaron después de la graduación, pero yo todavía tenía que terminar algunos cursos de verano. Había que pintar el techo de la iglesia, así que la Junta Directiva de la iglesia le preguntó a Henry si podía hacer el trabajo, (un techo de metal en relieve muy alto que había que pintar con un rodillo telescópico mientras él estaba de pie sobre un contrachapado colocado en los bancos). Cuando llegó después del primer día, le sugerí que buscara a unos tipos como Aarón y Hur para que le sostuvieran los brazos como en la historia de Moisés del Antiguo Testamento (Éxodo 17.12) cuando se le cansaran los brazos. Un baño con agua caliente alivió sus músculos cansados.

Mi madre se llevó a Bob y a Suz a la granja de mi hermana en Manitoba en autobús cuando terminaron el curso escolar y Karen cuidó de Billy y Lou mientras Henry construía unas cajas y em-

paquetaba las cosas que íbamos a enviar a Montevideo, Uruguay. Yo intentaba frenéticamente terminar mis estudios.

La Iglesia Menonita de Silver Street, cerca de Goshen, estaba buscando un pastor para los meses de verano de ese año, así que Henry quedó libre para servirles, y eso nos ayudó a terminar nuestro tiempo en Elkhart sin deudas. También fue una experiencia enriquecedora. Durante ese tiempo, nos reunimos con la Comisión de Misión en el Extranjero de la Iglesia Menonita de la Conferencia General en el aeropuerto de Chicago y fuimos aceptados para el ministerio en el Seminario Evangélico Menonita de Teología en Montevideo, Uruguay. Teníamos varias invitaciones para puestos pastorales en Canadá y Henry había sido aceptado para estudios de doctorado en Notre Dame, pero nuestros consejeros y amigos del seminario nos ayudaron a decidir volver a Sudamérica en ese momento. Ambos estábamos deseando volver a enseñar. Andrew Shelley, el director general de la oficina de Newton, Kansas había venido para nuestra comisión en la iglesia de Silver Street. Íbamos a llevarlo de vuelta al aeropuerto, pero al ver el interés que la iglesia mostraba por nuestra asignación, sugirió que nos quedáramos a visitar y que otra persona lo llevara. Para nosotros, la implicación con esta iglesia fue especial.

Mi último curso de verano fue el de matemáticas que había dejado para poder quedarme en casa un día a la semana después del accidente de Billy. El decano me llamó y me dijo: "No necesitarás ese curso para enseñar en el seminario de Montevideo, así que decidimos darte crédito por el Álgebra del 12º grado (cuyo grado no era glorioso) para que puedas irte". Vaya, qué maravilla. Así que las maletas se pusieron en marcha, a toda velocidad. Luego nos pusimos en camino para recoger a Suz y Bob en Manitoba, despedirnos de nuevo en Saskatchewan, conducir hasta Columbia Británica y, como lo habíamos comprado en Estados Unidos, vender el coche y el remolque en el estado de Washington, y volar hacia el sur desde Vancouver.

Cantamos una canción en español*, Entre penas y alegrías hasta el cielo llegarán*. Y esa fue nuestra experiencia en Elkhart Goshen. Aunque habíamos estado muy ocupados y habíamos experimentado algunas tristezas, nuestras clases y las amistades que disfrutamos fueron tan refrescantes que nos sentimos listos para nuestra próxima salida.

2. Uruguay

No **había** tiempo para una venta casera cuando estábamos haciendo las maletas para dejar Elkhart, así que nos limitamos a poner las cosas que no se irían con nosotros a Uruguay o que podían dejarse en casa de la abuela en mesas delante de la casa parroquial. Colocamos una lata vacía con un cartel que decía "Por favor, deje lo que cree que vale el artículo" junto a los artículos y confiamos en los compradores. Nos fue bien. Y tras nuestras despedidas, nos pusimos en camino de Indiana a Saskatchewan y luego a la costa oeste, donde venderíamos el coche y el remolque y volaríamos a Costa Rica para estudiar español.

La Comisión de Misiones de Ultramar pensó que como habíamos estado en Brasil, y el portugués y el español eran bastante similares, sólo necesitaríamos cuatro meses de estudio del idioma. Eso era una ilusión, ya que no habíamos estudiado portugués en Brasil para trabajar con menonitas de habla alemana. Las escuelas de Costa Rica cerraban por vacaciones de verano a finales de noviembre. Henry se encargó de conseguir un tutor privado, ya que debía enseñar Hebreo y Teología del Antiguo Testamento en marzo, en español. Yo daría clases de inglés el primer año. Invitamos a un estudiante chileno del seminario de Los Ángeles a vivir con nosotros en diciembre, cuando su residencia cerró, y eso nos dio más exposición al español. Por supuesto, los niños aprendieron el idioma más fácilmente que nosotros.

> *Hubo un evento interesante en el Instituto de Idiomas. Willy Horst era uno de nuestros amigos menonitas en el comité de adoración. Viendo que era 1969 y que las iglesias pacifistas norteamericanas habían organizado una manifestación contra la guerra de Vietnam, Willy y los estudiantes menonitas de San José, junto con algunas hermanas católicas y otros que estaban en contra de la guerra, planearon el culto de la mañana con lecturas de las escrituras, selecciones de la revista* Time *y* Newsweek *y algunos himnos apropiados. Esto causó bastante molestia a algunos estudiantes que no entendían nuestra posición pacifista. Un médico y su esposa, que se preparaban para ir a trabajar a Paraguay, nos preguntaron si podían venir a hablar con nosotros. Nos dijeron que nunca habían oído hablar de una forma "pacifista" de entender el evangelio.*

Preparados o no, llegamos a Montevideo en febrero. Pronto nos dimos cuenta de que el pueblo uruguayo era muy diferente al brasileño. Habían venido de España, Italia o Francia y no había población indígena ni mestiza, un triste testimonio histórico de desplazamiento. La gente de etnia menonita había llegado a Uruguay después de la Segunda Guerra Mundial desde lo que entonces era Prusia. Eran personas cuyos antepasados nunca habían estado en Rusia, por lo que tenían una cultura y un estilo de vida diferentes a los de otros inmigrantes menonitas. En otras palabras, no cocinaban *borsch* ni horneaban *zwieback*. Hablaban alto alemán, no bajo alemán. Habían dejado negocios o granjas prósperas y se habían visto obligados a huir a Dinamarca y luego habían llegado en barco a Uruguay. Nuestros compañeros eran en su mayoría menonitas de origen suizo o uruguayo, así que, ¿qué hacíamos aquí?

Una vez más, comenzamos la tarea de adquirir los muebles y enseres necesarios y adaptarnos a la vida en lo que era un mundo

nuevo para nosotros. Acabábamos de pasar dos años estudiando con un sueldo de pastor a medias. Uno de los estudiantes del seminario ayudó a Henry a arreglar algunos muebles que los misioneros anteriores habían dejado, y la esposa de nuestro colega argentino tejió gorros y guantes para la familia, ya que el invierno llegó antes de que las cajas que Henry había empacado en Elkhart pasaran por la aduana. Los niños necesitaban uniformes escolares, ya que habían sido inscritos en un colegio privado bilingüe. Heredamos algunos de ellos de las familias de nuestros compañeros. Como éramos los "nuevos en el barrio", estábamos muy agradecidos por la ayuda de las otras familias misioneras.

Nos dimos cuenta de que necesitaríamos un coche, así que Henry consultó a sus compañeros. Recuerdo el consejo de nuestro amigo John Driver: "Nuestra familia cabe en un taxi los domingos, pero necesitarán un coche cuando el transporte público sea escaso". Entonces compramos nuestro Ford Modelo A de 1929, con volante a la derecha, nada menos. Más tarde, uno de los ancianos menonitas preguntó, "Henry, ¿conduces ese coche porque es un coche de hobby o porque no puedes permitirte nada mejor?"

"Bueno", respondió Henry, "en realidad, tienes razón en ambos aspectos".

El Seminario Evangélico Menonita Teológico era una impresionante mansión que había sido una embajada en su día. Las alumnas vivían en las habitaciones del ático y los chicos en lo que había sido la casa de carruajes. Había cinco apartamentos de dos habitaciones para estudiantes con familia en el gran patio trasero. Las familias de los profesores residían en su mayoría en casas que las Juntas de Misiones habían comprado en el barrio. Nos instalamos en una casa que había sido alquilada por nuestros predecesores, los Rutschman. El seminario se había establecido en Uruguay en 1956 gracias a la visión de Nelson Litwiller, poco después de la llegada de los inmigrantes de

Prusia. La Junta de Misiones Menonitas de América del Norte había enviado a los misioneros Moseman y Martin a trabajar con el pueblo uruguayo más o menos al mismo tiempo. Ya había grandes iglesias menonitas en Argentina y colonias étnicas menonitas en Paraguay y Brasil, pero Uruguay parecía ser el país más estable económica, política y socialmente en ese momento. Cuando llegamos en 1970 había estudiantes de Argentina, Brasil, Colombia, Paraguay, Puerto Rico, España y Uruguay. Toda una mezcla cultural y teológica.

Una de las madres paraguayas me dijo que esperaba que sus hijos hablaran pronto español, pero en poco tiempo los pequeños puertorriqueños hablaban bajo alemán como los niños de la colonia menonita de Paraguay. Nuestros hijos aprendieron el español muy rápidamente. Un día envié a nuestro Billy, de ocho años, a llevar algo a la casa de la bibliotecaria. Cuando la bibliotecaria llegó a su casa, le preguntó a su madre si el niño que había pasado por allí era hijo de Dueck. La madre respondió: "No, era de aquí". Vaya, pensé. Por fin nos aceptan como ellos.

Pronto nos sentimos como en casa. Al principio, nuestro colega argentino revisó sus clases de español, pero Henry dijo que cuando empezaron las discusiones, y los estudiantes latinoamericanos son muy animados, estaba bastante perdido. Aprendí mucho español mientras ayudaba a los niños con los deberes escolares.

El segundo año estaba enseñando Educación Cristiana. Nos habíamos mudado de un lugar alquilado a una casa que pertenecía a la Comisión de Misiones de Ultramar. Tenía un gran patio y había tres familias vecinas con niños de la edad de nuestros dos pequeños. Era un lugar perfecto para un club de niños, así que formamos uno con los hijos de mis alumnos del seminario y los nuestros. Los sábados por la tarde estaban muy ocupados. No importaba que el techo tuviera goteras y que tuvieras que caminar de una habitación a otra, era un lugar estupendo para los niños y una variedad de mascotas. Un día llegamos a casa después de las clases y había tres gatitos en la puerta

de casa. Henry dijo que, si hubieran sido bebés, nos los quedaríamos, pero tuvimos que decirle a nuestro pequeño amigo Merengue que se los llevara.

Los estudiantes del seminario estuvieron bastante involucrados en las iglesias, tanto de habla alemana como española. Hubo varias giras del coro, pero esta vez no tuve que dejar a mis hijos para ir con ellos. Pasó un tiempo hasta que las iglesias alemanas nos aceptaron a Henry y a mí. Teníamos dos cosas en contra. Éramos canadienses y nuestros antecedentes eran los Hermanos Menonitas. Habían tenido algunos evangelistas visitantes que les habían ofendido al criticar su estilo de vida y su teología sin conocerlos. Cuando nos ganamos su confianza, disfrutamos de invitaciones a las colonias. *Los Bibelkurse* (cursos bíblicos) de invierno eran momentos especiales en los que los líderes de la iglesia se reunían en un centro de retiros para disfrutar de momentos de estudio bíblico y compañerismo. Estábamos agradecidos por poder hablar alemán y servirles de esta manera.

Uruguay tenía un nivel educativo muy alto, buenas universidades y excelentes oportunidades culturales. Enviamos a nuestros hijos a las escuelas nacionales pensando que podrían seguir estudiando allí si así lo deseaban. La universidad nacional era gratuita, y los estudiantes venían de otros países para estudiar allí. Los menonitas disfrutaban de una buena relación con otras confesiones como la metodista, la valdense (afín a la iglesia presbiteriana), la luterana, la iglesia evangélica armenia y otras. Desde principios del siglo XX, Uruguay era un país más secular que la mayor parte de América Latina. Eso había liberado a la Iglesia católica para que se abriera a las reformas del Vaticano II. Todos estos elementos enriquecían el seminario, ya que atraía a profesores y estudiantes de fuera de los pueblos menonitas.

Habiendo pasado siete años en Brasil con visitas a Paraguay, notamos una gran diferencia en la interacción de la iglesia menonita inmigrante en Uruguay y la iglesia nacional emergente. Tal vez tenga

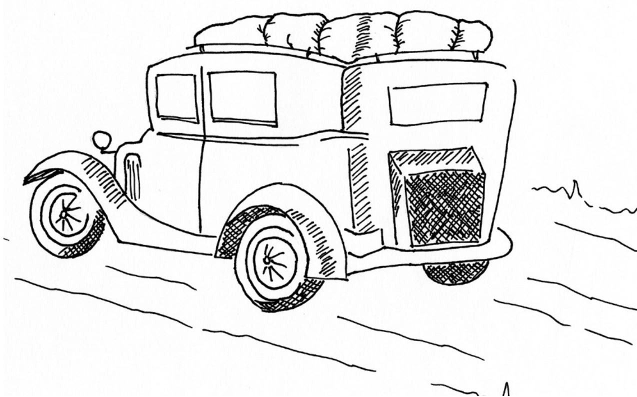
que ver con el nivel socio-cultural de la población, o tal vez con el menor tamaño de ambos grupos. Desde el principio trabajaron juntos. Había tres colonias rurales menonitas y una iglesia en la ciudad, y con la ayuda del seminario, pronto hubo cuatro iglesias uruguayas que formaron una *convención.* Una iglesia Konferenz alemana se "hermanó" con una iglesia Convención (de habla hispana), y juntas formaron una Junta de Evangelización para proyectos conjuntos.

El seminario de Montevideo desempeñó un papel importante en la educación y el crecimiento de las conferencias y convenciones menonitas en la parte baja de América Latina. Los primeros inmigrantes menonitas que llegaron a América del Sur fueron gente de la Vieja Colonia que había venido de Manitoba y Saskatchewan, Canadá, a Paraguay en 1927. Los menonitas europeos comenzaron a llegar primero a Paraguay y luego a Brasil en 1930, cuando Canadá no aceptó inmigrantes. Hubo otra gran afluencia de refugiados después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando el seminario hizo un autoestudio en profundidad, alrededor de 1971, se descubrió que un número sorprendente de graduados trabajaban activamente en las iglesias menonitas de inmigrantes, así como en las iglesias nacionales. Estoy buscando cifras reales, pero creo que era el 90% de los graduados.

Esta situación no duró mucho. En la década de los 70 había una tendencia a las tomas de posesión militares en Sudamérica y la situación sociopolítica en Uruguay estaba cambiando drásticamente. A los ojos de la gente de fuera, parecía que había influencias socialistas en el seminario cuando uno de nuestros colegas metodistas y su esposa fueron detenidos y alejados de su familia durante un año por estar en contacto con un pariente activista.

Envié a Karen y a Bob a llevarle algo a una amiga que vivía en casa de un miembro de la facultad que estudiaba en Estados Unidos. Volvieron muy preocupados por las condiciones de su apartamento. Ella se había ido y el lugar

había sido saqueado. Reunimos a un grupo de extranjeros, miembros de la facultad y estudiantes para recuperar las pertenencias del seminario del apartamento. Karen era una de las estudiantes y nos llevamos a Bill y a Luisa porque no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar fuera. Poco después de entrar en el apartamento, nos interrumpieron unos militares que habían estado vigilando a la joven estudiante que vivía allí. Cuando nuestra pequeña comenzó a llorar, el general que llevaba una bayoneta la consoló diciendo que estaría bien. Ya habían cargado los libros en nuestro viejo Ford. Nos subieron a la parte trasera de un gran camión militar que sólo tenía una cubierta de lona y nos llevaron a un establecimiento militar fuera de la ciudad. Henry y John Driver, otro profesor, fueron interrogados individualmente mientras el resto nos sentamos durante horas temblando en la parte trasera del camión. Finalmente, nos soltaron pero se quedaron con nuestro coche con todos los libros durante una semana.



El VIEJO FORD MODELO A

La mayoría de los profesores y estudiantes del seminario iban a ir al Congreso Mundial Menonita que se convocaba en Curitiba, Brasil, en 1972. Yo tenía mi inscripción y mi billete de autobús, pero la semana anterior a nuestra partida, un joven adolescente fue asesinado en un tiroteo en un autobús, así que decidí quedarme en casa. No podía pensar en dejar a los niños con la esposa del estudiante paraguayo que se había ofrecido a quedarse con ellos. Las cosas eran demasiado precarias. Nunca sabíamos con quién estábamos tratando.

Un señor que llevaba una Biblia muy gastada empezó a asistir a nuestros servicios religiosos los domingos por la mañana. Llegaba justo después de la apertura y se iba antes de la bendición. Henry estaba presentando algunos estudios bíblicos sobre los profetas del Antiguo Testamento en las reuniones de la Asociación Ecuménica. El líder le dijo: "Asegúrate de no hacer ninguna referencia a nuestra situación local". La revolución fue instigada por la academia y en cierto modo por la iglesia, que vio la corrupción en el gobierno. En un momento dado, varios sacerdotes, pastores y profesores universitarios estaban en la cárcel. Cualquier reunión religiosa era vigilada de cerca. Había una atmósfera de miedo y ansiedad allá donde fueras.

La vida estaba muy ocupada con las clases nocturnas, los retiros de fin de semana, los clubes de niños y la enseñanza fuera de la ciudad, así como con mucho trabajo de hospitalidad, pero nos sentíamos bien estando allí. Nos estábamos acostumbrando a las carencias y tensiones provocadas por la situación política. Cuando hablé con una madre cuyo hijo había sido asesinado, y le dije que nos sentíamos muy impotentes, me dijo: "te quedaste aquí con nosotros".

Se decidió cerrar el SEMT y abrir un centro de formación en Asunción (Paraguay). La mayor parte de los estudiantes y de los fondos procedían de Paraguay. Lamentablemente, esta decisión se tomó sin consultar a las convenciones nacionales o de habla hispana y esto fue bastante doloroso para las iglesias españolas. La mayoría de los

miembros del profesorado del seminario extranjero habían terminado su mandato y algunos miembros estaban a punto de jubilarse, por lo que se nos pidió a Henry y a mí que nos quedáramos en Uruguay para acompañar a las iglesias y hacer retiros de fin de semana y clases nocturnas. Esto requería creatividad, pero primero había que deshacerse de las propiedades y hacer cambios. La biblioteca debía ir a Asunción. Un día llegué al seminario y vi a Henry y a Milka, la bibliotecaria, empacando libros con lágrimas rodando por sus mejillas. Era todo tan triste. En realidad, Milka fue la primera uruguaya bautizada en la Iglesia Menonita en 1956 por el misionero Martin.

Las universidades habían cerrado y muchos de los profesores se habían ido. Hubo una migración masiva de uruguayos, especialmente de jóvenes, a países de acogida como Australia y Venezuela. De hecho, nos dijeron que había más uruguayos en Melbourne, Australia, que en Montevideo.

Nuestros hijos también se marcharon al terminar el bachillerato para seguir sus estudios en Norteamérica. Los jóvenes que pudieron salir del país buscaron pastos más verdes. Pero antes de que Karen, nuestra hija mayor, se fuera, hicimos un viaje de Montevideo a Ushuaia, Tierra del Fuego, con nuestro viejo Ford. Uno de nuestros compañeros se acercó cuando estábamos haciendo las maletas y nos dijo que íbamos a cumplir el mandato del Señor de ir al fin del mundo. Al parecer, Ushuaia es la ciudad más alejada de Jerusalén. Eran casi 10.000 kilómetros, ida y vuelta. Pero esa es otra historia.

El año siguiente al cierre del seminario, Henry pasó tres semanas de la mayoría de los meses enseñando en Paraguay, Argentina y Brasil, mientras yo me quedaba en Uruguay con los niños. Me sentí insegura con la agitada situación política; Henry no estuvo para mi cumpleaños ni para nuestro aniversario. Fue especialmente duro para nuestro hijo menor, cuyo hermano mayor se había ido a estudiar a Canadá y papá estaba fuera la mayor parte del tiempo. Más tarde,

cuando estábamos recordando con la familia, mencioné ese año. Suz me miró y me dijo: "mamá, si me hubieras dicho cómo te sentías habría sido más considerada".

Las casas propiedad de la misión se venderían, ¿y qué pasaría con las instalaciones del seminario? Las iglesias uruguayas no podían sostener la propiedad, pero era el centro de todas las actividades de la convención y el lugar donde se reunía la iglesia de Floresta. Nuestra familia ya había decidido mudarse a la casa que mejor acogiera a la iglesia, pero ¿qué pasaría con la convención? Si pudiéramos vender el gran edificio delantero y quedarnos con la parte trasera del gran terreno. Entonces los militares se enteraron de la disponibilidad de la propiedad, toda ella. Algunos miembros de la iglesia se reunieron en la casa de un miembro de la iglesia y pasaron la noche orando. Sabíamos que si los militares querían el lugar lo conseguirían, a su precio. Dios escuchó nuestras oraciones y no regresaron. ¡Alabado sea el Señor! Una agencia misionera alemana compró el edificio grande y la Casa de Carruajes, y la Convención Uruguaya pudo desarrollar la sección trasera. Ahora estábamos libres para planificar la siguiente etapa.

Se limpiaron las antiguas aulas y se rescataron algunos muebles del seminario. Henry, con la ayuda de uno de los párrocos, plantó árboles y en la puerta apareció un nuevo cartel que decía "Centro de Estudios y Retiros". Se habían construido cinco residencias contiguas para estudiantes casados. Nos instalamos en una de las residencias de estudiantes con dos de nuestros hijos, Milka y su madre se instalaron en otra, una fue ocupada por mujeres solteras, otra se reservó para visitantes y la última se alquiló para obtener ingresos. Había chicos solteros en habitaciones junto a la antigua casa de carruajes. Juntos intentamos formar una comunidad (más o menos), cenando una vez a la semana y ocupándonos del mantenimiento necesario. La iglesia de Floresta pudo conservar su casa. Más tarde se levantaría un nuevo edificio funcional en el terreno.

Las iglesias de la convención habían sido subvencionadas en gran medida por Norteamérica, pero esas contribuciones se estaban retirando y las iglesias no podían mantener a sus pastores. La Paz y Sauce intercambiaron sus pastores. El pastor de Sauce podía continuar con su profesión de electricista en La Paz y había tierras disponibles para que el pastor de La Paz cultivara cerca de Sauce. Otro pastor era profesor de inglés y la de Floresta era costurera. Al mismo tiempo, las colonias alemanas estaban comenzando ministerios cerca de sus comunidades. El Espíritu se movía.

> *Una de nuestras jóvenes madres vino a la iglesia muy angustiada. Vivía en una casita con su hija de ocho años y dos niños pequeños. Su marido, camarero de un bar, traía a casa muy poco dinero y ahora estaba embarazada de nuevo. No podría venir a la iglesia con todos los pequeños. Quería abortar. Los líderes de la iglesia se reunieron con la estudiante de medicina que vivía en una de nuestras residencias y estudiamos las opciones. ¿Y si la iglesia le ayudara a ampliar su casa y le ayudara a ir a la iglesia? Se tomó un tiempo para pensarlo y volvió con su respuesta. La iglesia compró algunos materiales de construcción y los hombres añadieron una habitación a su casa. ¡La iglesia de Floresta tuvo un niño! Algunos de los jóvenes iban todos los domingos para ayudarla a ir a la iglesia con los niños.*

Mi vecina católica Nelly me pidió que la ayudara con un estudio bíblico quincenal para las mujeres de su bloque. Mathilda vino con una muleta porque había sufrido un derrame cerebral. Milka estaba de luto por la muerte de sus sobrinas que habían fallecido en un accidente de tren. Lo que no sabíamos era que Gladys estaba pasando por un divorcio difícil, Elena estaba empezando los tratamientos de

quimioterapia y el marido de Celena tenía una enfermedad mental. Truda dejó de venir después de que su hijo fuera asesinado por el marido de una mujer con la que tenía una aventura. Me dijo que no se puede hablar de un Dios de amor. Después de varios meses de recibir visitas o llamadas telefónicas de sus hermanas espirituales, volvió. Nos dijo que habíamos representado a Dios para ella. Se trataba de un típico barrio de clase media.

El comité de la Junta hizo planes para las clases nocturnas y los retiros de fin de semana. La gente venía directamente del trabajo a las clases nocturnas semanales, donde les recibíamos con té y panecillos de la panadería. Unas sesenta personas asistieron a los retiros en el nuevo Centro de Estudios. Las iglesias se turnaban para cocinar en los retiros mensuales de fin de semana. Ayudé a las mujeres a envasar tomates para las salsas de espaguetis y ciruelas de nuestro árbol para los postres, algo que nunca habían hecho antes.

Había interés en comenzar un coro y Henry, que había dirigido coros antes, aceptó el reto. Con un número similar de cantantes de habla alemana y española, la mayoría de los cuales no leían notas, empezamos con entusiasmo. Íbamos a cantar en el 25º aniversario de boda de uno de los pastores de la iglesia. "Pero", dijeron sus hijos, "nuestra *Oma no* entiende el español".

El grupo español respondió: "también cantaremos algo de alemán". Terminamos preparando un programa bilingüe que presentamos en las iglesias de la colonia y en las uruguayas. Fue una demostración de amor y unidad.

Mientras tanto, la conferencia sudamericana me pidió que les ayudara a preparar material de Escuela Dominical para niños, así que organizamos un Consejo Editorial y adaptamos el currículo infantil menonita, Foundation Series, para las iglesias alemanas. Me reuní quincenalmente en Montevideo con varios jóvenes que dominaban el inglés, para trabajar en el Nivel I (niños de 5 a 7 años), Paraguay

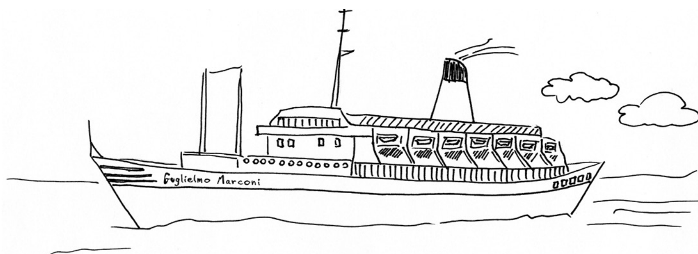
hizo el Nivel II (8 a 10) y Brasil, el Nivel III (11 a 13). El Consejo de Redacción se reunía anualmente para la edición. Disfruté mucho de ese trabajo. Era más barato imprimir el material en Uruguay, pero el envío era complicado, especialmente a Paraguay. Nuestra colega Milka se ofreció a llevar varias maletas de libros en autobús. Al pasar por la aduana le preguntaron si llevaba material sedicioso. Ella pudo decir inocentemente que no sabía leer alemán. Lo que llevaba era el nivel III, las lecciones del Sermón de la Montaña. En aquella época de agitación política, Argentina y Uruguay eliminaron el Sermón de la Montaña de la película Jesucristo *Superstar*. El mensaje de Jesús era demasiado radical.

Montevideo era el "hogar" de nuestra familia. Había muchas oportunidades culturales, los niños encontraron amigos y estábamos cerca de las playas (a un viaje en autobús de la ciudad) y de vez en cuando nos íbamos de fin de semana a una casa de campo en las colinas. Compramos un piano y Bob continuó con las clases de violín, pero las guitarras eran más populares. Henry podía enseñar lo básico y les dijo a los niños que les compraríamos una guitarra si aprendían a tocar. Compramos cinco. Pronto pudieron acompañar a un guitarrista más consumado en los cultos. Tanto la iglesia española como la alemana tenían retiros para jóvenes y nosotros participábamos a menudo. Henry se llevó a los chicos mayores a Argentina, al encuentro de la Juventud Menno argentina. Cuando nos trasladamos al Centro de Estudios, había un campo de fútbol y una sala para las actividades del club.

> *Recuerdo un encuentro internacional bianual de jóvenes de habla alemana que se celebraba en un centro de retiros en la costa de Uruguay. Una noche, después de la fogata, una joven con problemas me pidió que hablara con ella. Nos quedamos en la casa club. Durante nuestra conversación y*

oración, se levantó una tormenta repentina. Hubo fuertes truenos, relámpagos brillantes seguidos de una fuerte lluvia. Luego se apagaron las luces. Esperamos un rato, pero cuando la tormenta no dio señales de amainar, nos tomamos de la mano y nos aventuramos a salir a nuestras cabañas. Los relámpagos nos ayudaron a encontrar el camino a través del bosque.

Fue triste despedirnos de nuestros hijos cuando uno a uno se fue a la universidad. Nuestras buenas intenciones de cursar estudios universitarios locales se esfumaron cuando los buenos académicos se fueron de Uruguay y las clases universitarias se cerraron durante la revolución. Karen pasó un año y medio en el seminario y luego viajó por tierra a Goshen College con hijos de nuestros compañeros. Bob se fue con un amigo a la Columbia Británica. Suz, que había estado con nosotros durante nuestro período de intercambio en Europa, se quedó en Bethel College cuando regresamos al sur después de nuestros estudios en Princeton.



NUESTRO VIAJE EN LA LÍNEA OCEÁNICA
GUILLERMO MARCONI.

Y así pasaron los años. Tuvimos un año NAA (*North American Assignment Year*) cuando respondimos a una invitación para un intercambio con el presidente y su esposa de la Escuela Bíblica Bienenberg en Suiza por un período mientras ellos pasaban un tiempo en Sudamérica. En realidad, intercambiamos casas. Nos enteramos de que podíamos tomar un barco de pasajeros, dos semanas por mar hasta Barcelona en España por el mismo precio que costarían nuestros billetes de avión. Parecía un buen momento para descansar. No era lo mejor para nuestros hijos adolescentes porque los jóvenes del barco no eran buena compañía. Quizá hubiera sido mejor ir con otra familia que conociéramos. Llegamos a Suiza justo antes de Navidad y allí nos recibieron nuestros dos hijos mayores. Karen estaba trabajando y estudiando en Bélgica y Bob vino a hacer los cursos de invierno en Bienenberg.

El día de Navidad fuimos a la iglesia menonita de Schänzli. Ese día celebran la comunión. Una joven preguntó a Suz de dónde éramos. A la semana siguiente vinieron a visitarnos el pastor y su esposa. Se sentía muy mal porque la nueva familia de la Escuela Bíblica no había sido acogida. Su esposa le recordó que todos los visitantes deben ser bienvenidos.

Fue una experiencia nueva. Nos pareció que los suizos no eran tan acogedores como los latinoamericanos. No me necesitaban para dar clases, así que ayudé en la panadería del restaurante y ayudé a servir los domingos. El director en funciones me pidió que hiciera venir a los estudiantes para que se conocieran. Horneé muchos rollos de canela para nuestras visitas de los viernes por la noche ese invierno.

Fuimos con los alumnos a visitar varias iglesias en Suiza y el sur de Alemania. En lugar de llevar sólo grupos de canto a las visitas a las iglesias, se dividió todo el colegio. Nuestro grupo no tenía músicos, pero los alumnos prepararon un programa muy creativo.



RETRATO DE FAMILIA TOMADO EN SUIZA

También pudimos tomarnos dos meses de vacaciones para viajar por Europa con una furgoneta, que pasaría a ser propiedad de la misión francesa. Queríamos ir a Israel, pero la situación política parecía demasiado peligrosa, así que aprovechamos unos billetes muy baratos, dejamos la furgoneta en Atenas (Grecia) y volamos a Tel Aviv para pasar dos semanas en Israel. Eso fue muy especial. Luego viajamos por Europa para ver a Karen en Bruselas. Allí conocimos a la iglesia menonita que se reunía en la sala de los estudiantes.

La segunda parte de ese año estuvimos en Ventnor, NJ, en el Centro de Estudios de Misiones en el Extranjero, donde comencé los estudios en Princeton. Fuimos invitados a Newton, KS, para el Día de Acción de Gracias. Henry comenzó su sermón en la iglesia Alexanderwohl con las palabras "Un arameo errante fue mi padre, es decir, nuestro padre fue un

> *vagabundo... (Deut. 26.5)". El banco en el que estaba sentada con mis hijos adultos empezó a temblar mientras intentaban reprimir la risa. Después de todo el viaje que habíamos hecho ese año, aquello les había tocado muy de cerca.*
> *Lo que no nos habían dicho es que esa mañana visitaría la iglesia un grupo de sociólogos de Rusia que estudian los grupos migratorios. Tenían muchas preguntas sobre el sermón.*

Henry tuvo que ser operado inesperadamente en Newton, así que Karen se quedó con él, y Lou y yo volamos de vuelta a Ventnor para retomar nuestras clases. Bob, Suz y Karen vinieron a Ventnor con nuestro coche, donde celebramos la Navidad con nuestros hijos. Luego volvimos a Montevideo con Bill y Lou, nuestros dos hijos menores.

Invitamos a todas las iglesias menonitas para que nos ayudaran a celebrar nuestro 25 aniversario de boda. Nuestra hija Suz, que estaba de vuelta con nosotros, preparó una pancarta con el verso que había sido nuestro texto de boda, "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor" de Josué 24. Mi hermana y su marido vinieron desde Canadá y mi cuñado cantó el solo que había cantado en nuestra boda. Cada una de las iglesias contribuyó al programa, desde los sermones hasta las representaciones. Nosotros aportamos los aperitivos salados y nuestros amigos alemanes hicieron los dulces. Una de las colonias había enviado dos sacos de naranjas que los chicos exprimieron para el ponche, y un pastor uruguayo aportó una botella de ron para animar la fiesta. ¡Fue una gran fiesta!

Nos pidieron que representáramos a la Konferenz con el plan de estudios de la escuela dominical alemana en la Asamblea General de Colorado en 1980. Karen y Charles planearon su boda ese verano para que pudiéramos estar presentes. A nuestro regreso enseñamos un semestre en el recién creado CEMTA de Asunción y luego volvi-

mos a Uruguay. Ahora cuatro de nuestros hijos estaban en Canadá. El Centro de Estudios estaba bien encaminado y sentíamos que habíamos hecho nuestra contribución. El COM nos ofreció un año de estudios y Henry me dijo que me tocaba elegir. Yo había tomado algunos cursos en Princeton en 1978, así que esta sería una oportunidad para terminar mi maestría y Henry ampliaría sus estudios de Antiguo Testamento.

Fue difícil despedirnos de nuestros amigos y al trabajo que habíamos amado. Fuimos doblemente bendecidos al poder relacionarnos con la Convención española y con las iglesias alemanas de la Konferenz. Poco antes de nuestra partida, algunos de los líderes alemanes nos preguntaron si tendríamos tiempo para hacer un retiro espiritual con ellos. Creo que fueron seis las parejas que se reunieron con nosotros durante dos días de oración y comunión. Recuerdo cómo el anciano que había sido operado para recuperar su audición, oró: "Señor, abre los oídos de nuestra gente para que escuchen tu Palabra como has abierto mis oídos que ahora puedo escuchar".

En nuestra despedida (no me gusta esa palabra) el presidente de la convención nos pidió que nos arrodilláramos. Dijo: "ahora os enviamos de vuelta a vuestro pueblo para que nos representéis y sirváis en nuestro nombre", y un grupo se acercó y nos impuso las manos mientras él oraba por nosotros. Fue un nuevo reto.

Charleswood

No conocíamos a muchos de los feligreses de la iglesia de Charleswood, en Winnipeg, pero nos acogieron muy amablemente. Veníamos de la Conferencia de los Hermanos Menonitas, habíamos trabajado en Sudamérica casi 20 años y habíamos estudiado varios años. Sabíamos que éramos *diferentes,* pero estábamos acostumbrados a intentar adaptarnos a nuevas situaciones. Pedimos al consejo de la iglesia un comité de referencia para que nos ayudara. La primera vez que prediqué y me di cuenta de la cantidad de profesores del Canadian Mennonite Bible College que había en el público, me pregunté qué estaba haciendo allí. El Señor es bueno y también lo eran nuestros hermanos y hermanas. También fue una muy buena manera de crecer en la Iglesia Menonita de Canadá. Para aprender a conocer a los miembros comenzamos a invitarlos a nuestra casa para tomar café (o té), y como la vieja casa que habíamos comprado tenía un patio trasero, era adecuada para tener familias para hacer picnics en el verano. Pronto nos sentimos cómodos en nuestro nuevo papel. Cuando nos planteamos la posibilidad de comprar una casa, nuestro hijo mayor nos dijo: “me parece mejor que tengan una casa que tener que llevar siempre sus cosas al sótano de la abuela”. ¿Nos estábamos poniendo demasiado cómodos?

Entonces llegó la llamada, una teleconferencia de COM y MBM: “¿Están preparados para otra misión?”. ¿Qué debíamos hacer? Habíamos dicho a la iglesia que este sería un puesto interino, pero ¿podríamos dejar a nuestra familia? Preguntamos a los directores generales qué tenían en mente. Había cuatro invitaciones: volver a Uruguay; enseñar en el seminario de Bogotá, Colombia; enseñar en el seminario bautista de Cochabamba, Bolivia; o trabajar en la recién inaugurada Universidad Evangélica Boliviana (UEB) de Santa Cruz.

Nos miramos un rato y respondimos con ingenuidad: “Tú nos conoces y conoces nuestros dones, ¿qué sugerirías?”.

Lawrence Greaser, de Elkhart (Indiana), y Glendon Klassen, de Newton (Kansas), respondieron con una sola voz: “¡Santa Cruz!”.

Probablemente hubiera sido el número cuatro de nuestra lista. “Danos algo de tiempo...”, respondimos. Empezamos a orar, orar y orar un poco más. Yo estaba realmente luchando con esta decisión. Por un lado, tanto a Henry como a mí nos gustaba enseñar, habíamos disfrutado de nuestro ministerio en Sudamérica, pero ahora todos nuestros hijos estaban en Canadá, y teníamos dos nietos. ¿Cómo íbamos a dejarlos?

Nuestro hijo menor había venido a pasar el verano con nosotros, y salía de la iglesia conmigo un domingo por la mañana cuando dijo: “mamá, realmente no sé qué haces aquí cuando te necesitan mucho más en Sudamérica...”. ¿Era el Espíritu de Dios el que me hablaba?

3. Bolivia

Antes de “salir” de Winnipeg, teníamos que preparar la boda de nuestra hija, tuve que someterme a una inesperada operación de urgencia que estropeó algunos de nuestros planes familiares de verano, y había que asistir a reuniones de la Junta de Misiones en Kansas. De hecho, me recuperé lo suficientemente bien como para volar a Colombia para participar en una Junta de Currículo de Escuela Dominical de América Latina. De alguna manera, lo superamos todo. No tuvimos que guardar nuestras cosas en el sótano de la abuela porque nuestros hijos recién casados se iban a quedar en nuestra casa de Winnipeg. Fue duro despedirnos de los niños porque nos íbamos solos por primera vez. Bolivia era el único lugar en el que no habíamos estado nunca: nos habíamos lanzado.

En 1954, un pequeño grupo de colonos menonitas llegó a Bolivia desde Fernheim, Paraguay, y se estableció en Tres Palmas. Unos años más tarde llegaron otros y establecieron tres aldeas cercanas. Pronto llegaron otros desde la Colonia Menno de Paraguay y formaron aldeas separadas. A ellos se unió un gran grupo de menonitas de la Antigua Colonia de México en 1968. Otros grupos de la Antigua Colonia llegaron desde Alberta y Saskatchewan durante esos primeros años. Estos colonos de la Antigua Colonia buscaban tierra y libertad para mantener su estilo de vida tradicional y su iglesia. En 1959 el CCM había enviado trabajadores para ayudar a estos colonos menonitas en el Estado de Santa Cruz, Bolivia, con trabajos de salud, agricultura y desarrollo. Hubo enfermeras que abrieron una clínica en Tres Palmas y hombres PAX (jóvenes en edad de servicio militar obligatorio en lugar de unirse al ejército) que ayudaron con la agricultura y la alfabetización. Alrededor del 75% de las personas que recibieron tratamiento en la clínica de Tres Palmas eran vecinos

bolivianos y el otro 25% eran los menonitas de los pueblos. Varios jóvenes de Uruguay y Paraguay vinieron como voluntarios del Servicio Cristiano. Luego vinieron otros cooperantes del CCM.

1965 fue el Año del Evangelismo, "Evangelismo a Fondo". Este movimiento intereclesiástico, así como Alfalit, un programa de alfabetización, llevaron materiales de enseñanza cristiana a América Latina. Para 1974 había cuatro iglesias menonitas de habla hispana que habían crecido a partir de la presencia del CCM. El CCM y el COM nos habían invitado a unirnos a varias familias misioneras más jóvenes en Santa Cruz en 1983, pero tras consultar con nuestra familia, no nos sentimos preparados para ir a Bolivia en ese momento. En su lugar, optamos por aceptar la invitación a la iglesia de Charleswood en Winnipeg. En 1985 nuestros hijos se afirmaron más y recibimos la bendición de la iglesia.

Varias agencias misioneras fuertes que trabajan en Santa Cruz vieron la necesidad de una universidad cristiana porque la universidad nacional y la universidad católica cerraban constantemente debido a las huelgas y los disturbios políticos. También se necesitaba una escuela de enfermería y un departamento de comunicaciones para responder al creciente avance de la tecnología en la zona. Estos organismos pidieron al CCM que se uniera a su esfuerzo para abrir la Universidad Evangélica Boliviana. Nos invitaron a enseñar en el departamento de teología y en el de inglés.

Nos encontramos con una sorpresa. Sabíamos que el CCM había participado en el trabajo de desarrollo en Bolivia durante muchos años, pero no estábamos preparados para la diferencia entre Montevideo y Santa Cruz. Llegamos a un nuevo y moderno aeropuerto. Luego, a medida que nos acercábamos a la ciudad, nos encontramos con carros tirados por caballos, peatones vestidos con ropa tradicional del altiplano y grandes camiones de transporte. El horizonte era mucho más bajo y el aire era caliente y polvoriento. Al ser una ciudad fronteriza, Santa Cruz se planificó con anillos paralelos que

se extendían a un kilómetro de distancia de la plaza central, y que se iban ampliando a medida que la ciudad crecía. Las principales calles que salían de la ciudad cruzaban estos anillos. Cuando llegamos en 1985, la sede del CCM estaba situada cerca del segundo anillo y de la carretera que iba hacia el este. Sólo las calles cercanas a la Plaza Central estaban pavimentadas.

No sólo la ciudad era arquitectónicamente diferente, sino que también conocimos a una nueva población sociocultural. Nuestros nuevos colegas nos informaron de que, en aquella época, la tasa de alfabetización era de aproximadamente el 50%, la esperanza de vida media de las mujeres era de unos 55 años y sólo la mitad de los bebés nacidos vivos llegaban a los 10 años. Estas estadísticas nos sorprendieron después de haber vivido y trabajado donde la tasa de alfabetización y la esperanza de vida eran similares a las de Canadá.

Bolivia está dividida geográficamente en dos grupos diferentes de personas, los comúnmente conocidos como Camba o gente de las tierras bajas que son más mestizos o indígenas chiquitanos, y los llamados Colla o gente de las tierras altas Aymara o Quechua, descendientes de la nación Inca. Estos últimos estaban siendo reasentados en el Estado de Santa Cruz, en las tierras bajas, debido a la sequía en las tierras altas. En 1985 también había unos 50.000 menonitas de la Antigua Colonia en Bolivia.

Bolivia se consideraba el país más pobre de Sudamérica. En 1968 había 27 voluntarios del CCM trabajando en las áreas de agricultura, tecnología apropiada, educación y salud. En 1980 había 50 voluntarios. Muchos de estos voluntarios habían dado testimonio de su fe bíblica anabaptista y cuando llegamos, ya había tres iglesias menonitas en el *campo*, una iglesia que comenzaba en la ciudad de Santa Cruz y otra en uno de los suburbios. Habían formado su propia Junta de Evangelización. El Comité Central Menonita (CCM) nos había pedido que nos relacionáramos con el trabajo de CCM y las Juntas de Evangelización esperaban que apoyáramos a estas jóvenes iglesias

además de nuestra participación en la enseñanza en la UEB. Comenzamos a escuchar y aprender en este nuevo ambiente. Nos hablaron de un misionero que había trabajado en Bolivia hace muchos años. No sé su nombre, pero su filosofía de hacer el trabajo misionero era: "Si tienes que 'darle la vuelta' has empezado mal". ¡Cuánta verdad! Bolivia fue un buen ejemplo de trabajar *con* la gente, no 'para' o 'a'.

Nuestros colegas del CCM y de la misión nos ayudaron a adaptarnos de la vida moderna de la ciudad a una ciudad fronteriza con falta de servicios públicos fiables, un suministro de alimentos diferente y, por supuesto, el campo en desarrollo. Intentamos vivir como se esperaba de los voluntarios del CCM, residiendo en viviendas sencillas y empleando a gente local para que nos ayudara con la limpieza, el jardín, la lavandería y otras tareas domésticas. Representábamos a una generación mayor e incluso nuestro idioma español era considerablemente diferente. La casa que nos tocó estaba cerca del mercado quincenal. Era habitual ver un gran camión de transporte aparcado frente a nuestra casa con una mujer de las Tierras Altas con su amplia *pollera* (falda) y bombín negociando con el dueño un puñado de dinero en efectivo por productos o artículos de importación para vender en su puesto. Incluso compramos en el mercado nuestros sencillos muebles de salón. Recordamos que en Costa Rica nos habían dicho que debíamos desinfectar las frutas y verduras en una solución de cloro o yodo antes de enjuagarlas en agua hervida. También se suponía que debíamos cambiarnos de ropa en el baño cuando volviéramos después de un viaje de compras al mercado debido a las pulgas y otros insectos que llevaban los numerosos perros que deambulaban por él. El dengue era habitual y algunos de nuestros compañeros luchaban contra la malaria.

El director de la universidad era acogedor. Las iglesias que habían formado el Consejo de la Universidad Evangélica pertenecían todas a la corriente de "santidad" de las misiones evangélicas. De hecho, la única pregunta que nos preocupaba era: "¿eres arminiano o calvin-

ista?". Nos preguntamos cómo responder a esa pregunta. Creo que respondimos que éramos creyentes evangélicos anabautistas. Todavía había algunos profesores estadounidenses cuando empezamos, pero pronto Henry y yo éramos los únicos expatriados en el departamento de teología. La mayoría de los profesores eran bolivianos de las Tierras Altas, de la corriente metodista wesleyana o de la Iglesia del Nazareno. Una vez, más tarde, cuando el director no aprobó nuestra sugerencia de un profesor bautista que había sido un conocido de los profesores menonitas y había estudiado en el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos de Buenos Aires, Henry dijo: "no creo que ni siquiera Jesús pudiera enseñar aquí". (Le hice pedir disculpas más tarde.) Nuestros estudiantes y la gente de las iglesias también eran muy diferentes de los menonitas del Cono Sur en las iglesias de Argentina, Paraguay y Uruguay que ya tenían una larga historia. Pero pronto nos enamoramos de ellos.

> *Un fin de semana fuimos a visitar a unos voluntarios del CCM que estaban trabajando en la zona de Berlín, donde el CCM estaba ayudando a reasentar a algunas personas de las tierras altas. Los hombres tenían una reunión en la iglesia, y yo me uní a las mujeres que estaban cocinando una comida en un fuego abierto. Estaban haciendo sopa de maní, que es muy nutritiva y sabe muy bien. Quise ayudar cortando perejil fresco. Debí parecer muy torpe cortándolo entre los dedos, así que una de las mujeres me dijo suavemente: "Yo lo haré", y lo cortó en tiras muy finas. Estábamos hablando de nuestras familias cuando una de ellas me preguntó cuántos hijos tenía. "Cinco", respondí. Entonces ella preguntó: "¿Y cuántos muertos?". Eso me sorprendió. No hice ninguna pregunta, pero me pregunté por la tristeza que deben experimentar al perder a sus hijos, viviendo tan lejos de los médicos.*



JEEP SIENDO REMOLCADO FUERA DEL BARRO

Durante nuestro segundo año en Santa Cruz, el grupo que se reunía en el campus del CCM se estaba quedando pequeño en la casa club junto a la cancha de voleibol y empezaba a pensar en construir su propio edificio de la iglesia. Encontraron un terreno adecuado cerca del cuarto anillo y de la carretera que llevaba al este hacia las iglesias del campo, en la vecindad de varias familias de la iglesia. Había un edificio con dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño, con una cochera adjunta construida contra la pared trasera de la propiedad. Esto se hacía comúnmente cuando la gente planeaba construir una casa grande al frente. La ubicación era favorable y nuestros jóvenes miembros de la iglesia estaban entusiasmados, pero no tenían fondos ni querían pedir dinero. Henry y yo estudiamos la situación y nos ofrecimos a mudarnos a las habitaciones de la parte trasera. Nuestro alquiler serviría para pagar el terreno. Sabíamos que no sería un alojamiento de lujo, pero nos sentíamos bien con la decisión. Hicimos cerrar la cochera (¡al menos un poco!) para que nos sirviera de oficina y pusimos una pantalla en el porche delantero.

Había una colonia menonita cerca de una de las iglesias del campo. La mayoría de ellos se estaban mudando. Dieron las tejas de

algunas casas a los hispanohablantes que estaban construyendo una nueva iglesia y una de las familias dio a nuestro grupo las paredes de ladrillo de su casa para construir un pequeño salón junto a nuestra casa. Eso serviría como lugar de reunión hasta que se pudiera construir un edificio más grande para la iglesia en el patio delantero. Los sábados, nosotros y los jóvenes íbamos con la camioneta de la misión a rescatar los ladrillos de la casa abandonada. Poco a poco se fueron levantando las paredes y se puso un techo. Los servicios se celebraron allí incluso antes de que se colocaran las ventanas. Comenzamos un club para los niños del barrio en nuestra veranda, que también servía de aula de la escuela dominical. Pronto la congregación activa creció, sobre todo con jóvenes estudiantes. Organizaron su propio consejo y planificaron sus programas. Nos invitaban de vez en cuando a ayudarles, pero era "su iglesia".

> *Un domingo por la noche, después de un fin de semana en el campo, Henry se estaba duchando mientras yo preparaba la cena. De repente se oyó un fuerte grito y se cortó la luz. Corrí al cuarto de baño y allí estaba mi pobre marido con cara de asombro entre los cables que colgaban de la ducha (un sistema que calentaba el agua sobre un elemento cuando se abría el grifo). La presión del agua había sido baja, y yo había abierto un grifo en la cocina bajando la presión. Afortunadamente, no se electrocutó y pudimos reírnos un poco. Había aprendido otra lección.*

Nuestras clases en la universidad se impartían por las tardes, así que teníamos el día para prepararnos y luego pasábamos cinco horas fuera en las tardes de la semana. Desarrollamos una relación amistosa con nuestros estudiantes. La mayoría de los fines de semana íbamos a las iglesias del pueblo. Teníamos sacos de dormir y una tienda de

campaña. En Las Gammas pusimos la tienda en el suelo de tierra de la iglesia para mantenernos a salvo de los animales errantes.

Nos esforzamos por desinfectar los productos del mercado y hervimos el agua para beber. Un domingo por la tarde, nos detuvimos en la casa de uno de nuestros líderes de la iglesia en una de las comunidades del campo. Me ofreció un vaso de té, diciendo: "He hervido el agua". Había visto el agua turbia donde ella enjuagaba el vaso primero. No pude negarme. Era mi hermana en Cristo. De hecho, nos mantuvimos bastante saludables.

Me maravillaba la sabiduría de la gente, especialmente de las mujeres que no habían tenido la oportunidad de estudiar, y mucho menos de aprender a leer. Sentada en un círculo en una reunión, una de las miembros recién casadas compartió que estaba pasando por un momento difícil. Antes de su boda, su marido le había prometido no volver a beber, pero no estaba siendo fiel a su palabra. Una de las mujeres mayores le habló tan amablemente y la aconsejó tan sabiamente con consejos que yo no habría expresado. Aprendí mucho de mis queridas hermanas.

Disfrutamos especialmente de nuestras visitas a la iglesia de San Julián/Don Lorenzo, más tarde llamada el Camino de Jesús, y a la casa de Filomena y Clemente, el líder de la iglesia. Filomena me enseñó a moler maíz con el Tacú y a hacer queso fresco para las empanadas de queso. Un domingo por la tarde Filomena me invitó a descansar con ella en la habitación. Enrique estaba ayudando a Clemente a hacer una polea para su pozo para que la cuerda no se arrastrara por la tierra. Entonces entraron los hombres y empezaron a darnos una serenata, Clemente con su guitarra y Henry con su mandolina. ¡Qué bonito!

Viajamos de ida y vuelta entre Bolivia y Uruguay en tareas de enseñanza en la Universidad Evangélica Boliviana y el Centro de Estudios Menonitas de Montevideo. Si revisan el mapa, verán que es bastante distancia, pero nos gustaba la aventura y teníamos amigos que visitar en el camino, así que íbamos por tierra cuando teníamos tiempo. En uno de estos viajes de vuelta a Santa Cruz, nos detuvimos para visitar a unos amigos misioneros en Tarija. Nuestra visita se prolongó porque las fuertes lluvias en las montañas habían provocado un deslizamiento sobre la única carretera. El aeropuerto también había sufrido daños, así que tuvimos que esperar. Finalmente, nos dijeron que habría una furgoneta para transportar a los pasajeros hasta el lugar del deslizamiento; caminarían por el río y recogerían otra furgoneta al otro lado del deslizamiento.

> *Nuestro viaje se complicó por el hecho de que habíamos estado fuera durante varios meses y llevábamos nuestros libros y efectos personales. "No importa", dijo el agente, mientras metía en la furgoneta nuestro equipaje y un número de pasajeros superior al legal, y nos poníamos en marcha. Llegamos al tobogán. Unos jóvenes se ofrecieron a llevar nuestro equipaje. Henry echó un vistazo a la topografía y me dijo: "No puedes bajar ahí con tu mala espalda". Tenía muy mala pinta, un camino resbaladizo, viscoso y embarrado que descendía por una pendiente pronunciada hasta el río. Estábamos analizando la situación cuando una indígena pequeña y descalza se acercó a mí y me dijo en español: "Te ayudaré". "Me cogió de la mano y bajamos lentamente. Caminamos a lo largo del río hasta el otro lado del tobogán, donde volvió a cogerme la mano y subimos lentamente. Cuando llegamos a la carretera, ella ya no estaba. Miré a mi alrededor y no pude encontrarla. Mi ángel había desaparecido.*

Nuestras juntas de misiones querían que utilizáramos parte de nuestro tiempo para escribir. Nuestra vivienda en Santa Cruz no era adecuada. Hacía mucho calor, y teníamos que sacudir el polvo de cada hoja de papel y poner una toalla bajo nuestros brazos sudorosos cuando escribíamos. El seminario bautista de Cochabamba aún nos esperaba. La Comisión de Misiones de Ultramar había construido una casa allí, en la que los Suderman y los Baergen, misioneros de la COM, habían vivido cuando enseñaban en el seminario. Podíamos instalarnos allí y tener acceso a una biblioteca. Era otra situación nueva para nosotros, pero estábamos preparados. Cuando discutimos nuestra mudanza con nuestros líderes de la Junta Menonita en Santa Cruz, Henry sugirió que él podría volver para las reuniones de la Junta, y yo vendría para las reuniones de las mujeres. "Oh, no", dijo nuestro anciano Baltazar, "Ustedes dos vienen. Son un equipo". Eso nos gustó, pero era un viaje en autobús accidentado de 13 horas o un vuelo caro.

Enseñar en Cochabama fue otra experiencia. Los bautistas canadienses llevaban más de un siglo en Bolivia, así que sus iglesias tenían una larga historia. Asistí a algunas asambleas de mujeres bautistas. Parecía que las mujeres eran líderes muy fuertes. Había varias familias de las Tierras Altas viviendo en el campus. Me gustaban especialmente los niños. "*Hola, hermana Elena*", llamaban y preguntaban si podían venir de visita. Algunos estudiantes nos invitaban a acompañarlos a sus iglesias. Henry predicaba en español y el estudiante traducía al quechua. Sólo teníamos que confiar en que el mensaje saliera como estaba previsto. Una de nuestras estudiantes era una enfermera boliviana que se había casado con un agricultor canadiense de origen holandés que había trabajado con CCM unos años antes. Nos hicimos muy buenos amigos y nos visitaron en Canadá.

Me di cuenta de que la mayoría de nuestros alumnos habían conocido al Señor cuando eran jóvenes o adultos, por lo que no habían

escuchado las conocidas historias bíblicas del Antiguo Testamento que los niños aprenden en la Escuela Dominical. Empecé a escribir lecciones llamadas Encuentros con Dios. Dejé algunos espacios en blanco para que los rellenaran, de modo que leyeran las historias con atención, y luego añadí algunas preguntas que provocaban la reflexión y que les hacían ver el significado de la lección y guiaban su discusión. La Sociedad Bíblica Boliviana se enteró de mi trabajo, así que pidió imprimir los folletos y proporcionó un ilustrador. Querían incluir actividades para niños, pero yo insistí en que este material estaba destinado a presentar la Biblia a los adultos.

> *Habíamos adquirido un ordenador de uno de los misioneros que se iba. Pero eran los años ochenta y los ordenadores tenían que "arrancar" con un disco blando y luego se trabajaba con otro. Además, eran muy sensibles a las ondas de radio de los transistores. Recuerdo con tristeza el día de Año Nuevo que había pasado la tarde en unas clases cuando mi marido acercó demasiado la radio y mi disco se borró. No entiendo qué pasó realmente, pero mis horas de trabajo se esfumaron. Lo único que podía hacer era aceptarlo y empezar de nuevo.*

Fue refrescante ver el crecimiento de las iglesias de primera generación. Recuerdo un retiro con los líderes de Santa Cruz en el que se exploraron los diferentes métodos de evangelización según los relatos del Evangelio. Uno de mis cursos en la universidad era Dinámica de Grupos y nuestros retiros se prestaban a una variedad de métodos. Hicimos un retiro para jóvenes llamado *El Joven se Expresa*. Henry dirigió el grupo de música, un colega hizo teatro y yo trabajé con las artes visuales. El último día, cada grupo presentó su producción. La canción que compuso el grupo de música se convirtió en una de

las favoritas de las iglesias. Lo que había empezado como una tarea muy diferente se convirtió en una experiencia muy gratificante para nosotros.

Durante nuestros años en Bolivia, pudimos volver a Canadá varias veces. Mi madre estaba hospitalizada debido a un derrame cerebral, y le pedí a otro profesor que utilizara mis horas para poder ir a verla y recuperar las horas de clase a mi regreso. Fue triste para mí no poder quedarme en Canadá hasta que ella falleciera. El padre de Henry falleció durante ese tiempo y asistió al funeral. Karen y Charles con sus dos pequeños vinieron a vernos antes de ir a Chad para una asignación de tres años con el CCM. Bob pasó un tiempo en Santa Cruz. Luisa no había vuelto a hacer su viaje de hija de misioneros, así que les ayudamos con algunos de sus gastos para que su marido pudiera ver el lugar donde había crecido. Nos visitaron mientras hacíamos un trabajo en Uruguay y luego fueron por tierra a Brasil y a Bolivia con nosotros.

En una visita administrativa, nuestros representantes de la misión sugirieron que, dado que Henry se estaba acercando a la edad de jubilación, deberíamos considerar la posibilidad de trabajar en México una vez que hubiera arreglado su pensión. Pensaron que como podíamos trabajar tanto en español como en alemán, podríamos dedicar algo de tiempo a la Escuela Bíblica y ayudar en las iglesias como voluntarios. ¿De verdad? El siguiente es un extracto de un artículo que escribí sobre el ministerio menonita en Bolivia:

> *En 1985 aceptamos la invitación de unirnos al equipo en Bolivia, donde nuestra misión específica era enseñar en la incipiente Universidad Evangélica Boliviana. Vimos de primera mano lo que el CCM estaba logrando, tanto en el apoyo a los cerca de 50.000 colonos menonitas de la Antigua Colonia como en los proyectos de desarrollo entre el pueblo boliviano, may-*

oritariamente mestizo, en áreas de alfabetización, salud y agricultura. Pasamos los fines de semana con las iglesias del campo que habían surgido gracias a la presencia de cooperantes que habían compartido su fe con hechos y palabras. La iglesia de la ciudad estaba formada por estudiantes que habían venido del campo y por varios empleados del CCM. Nuestro equipo ex pat *había decidido que no insistiríamos en que la iglesia recién formada utilizara el nombre "menonita", ya que eran muy conscientes de que algunos de los colonos menonitas no eran un ejemplo positivo de lo que significaba ser "la iglesia menonita/anabaptista" en la sociedad. Cuando regresamos de una breve misión en Norteamérica, nos sorprendió ver el letrero en una carretera principal Iglesia Evangélica Menonita - Príncipe de Paz. Fue una decisión de la iglesia hispana local. Cuando estuve allí hace varios años, encontré una iglesia fuerte que, en mi experiencia, es el mejor ejemplo de lo que significa ser un testigo anabautista en una comunidad determinada. Me dijeron que durante su servicio de adoración, en el que debía haber al menos 100 congregantes presentes ese domingo, había 18 jóvenes y adultos ministrando en otras áreas de la región de Santa Cruz. Había seis matrimonios, en su mayoría jóvenes profesionales, que dirigían los grupos de Iglesia En La Casa que se reunían en varias partes de la ciudad durante la semana. La iglesia está involucrada en ministerios de guardería en los suburbios, donde muchas familias migrantes vienen del interior. Tienen un banco de alimentos y distribución de ropa, así como servicio de asesoramiento. El nuevo edificio de*

la iglesia tiene espacio para clases y otros ministerios de barrio. Hubo más de 30 adultos en el retiro anual para líderes. Uno de los líderes está ahora enseñando en la UEB y en otros seminarios. Esto ha sucedido sin mucha ayuda económica o de misioneros extranjeros. Se trata de creyentes que captaron la "visión anabautista" tal como la viven los voluntarios del CCM y algunos profesores.

Un domingo me invitaron a asistir a un culto al aire libre en el patio de unos colonos menonitas que habían experimentado el amor de Cristo en la iglesia nacional de campo El Camino de Jesús. Este grupo de la iglesia estaba allí con un equipo de adoración y un mensaje para la familia anfitriona y sus amigos. Cuando me pidieron que diera un saludo en bajo alemán, le dije al grupo que me imaginaba a dos personas sonriendo en el cielo, mi difunto esposo Henry y su líder Clemente. Él nos había pedido que le acompañáramos a su pueblo, "porque podíamos hablar su idioma". Resulta interesante que la iglesia nacional se acerque a sus vecinos de etnia menonita. La pareja anfitriona fue bautizada en la Iglesia Camino de Jesús dos semanas después.

La Iglesia Evangélica Menonita Boliviana es una fuerte convención de 14 congregaciones. La pandemia de Covid-19 está impactando la iglesia y la situación político-económica es difícil, pero es tan bueno mantener el contacto con nuestros hermanos y hermanas que están construyendo fielmente la Iglesia.

III
Asignaciones de jubilación

1. Viaje de ida y vuelta

El **primer** año de regreso a Canadá comenzó con la boda de nuestro hijo Bob y Annette en Vancouver, y luego fuimos a varias asambleas de la iglesia con los informes habituales. Nos instalamos en Herbert, Saskatchewan, en la pequeña casa que mi madre había dejado al fallecer. La primera invitación que recibimos fue una invitación a un retiro de la iglesia para personas mayores. "¿Realmente?", comentó Henry, "¿es ahí donde debemos estar ahora?".

Ya había varias invitaciones para ir a diferentes lugares para hacer presentaciones y servir de corto plazo.. Una de ellas era una visita a Cuba y luego varias conferencias misioneras en otoño. Henry comenzó el proceso de solicitud de la pensión de jubilación.

En enero de 1993 impartimos un curso intermedio en el Instituto Bíblico de Swift Current. Nos habían pedido un estudio del libro de los Hechos. Henry hizo el estudio bíblico y yo seguí con las misiones tal y como las hizo la Iglesia primitiva. El curso estaba abierto a otras personas además de los estudiantes. Fueron dos semanas agradables, y podíamos conducir a casa 30 millas cada noche.



MAPA DE SUDAMÉRICA CON SEÑALAMIENTOS EN LOS PUNTOS DE PARADA

Colombia

Después de un tiempo en familia, nos dispusimos a hacer el circuito por los lugares donde habíamos trabajado, como nos había sugerido la Comisión de Misión de la Conferencia General, comenzando con un trimestre de enseñanza en el Seminario Menonita de Bogotá, Colombia, sobre los temas de Anabautismo y Educación Cristiana. Esta era otra situación nueva para nosotros. Ya habíamos estado en reuniones en Colombia, pero ahora aprendimos a conocer la iglesia colombiana.

Permítanme hablarles de la Iglesia Cristiana Menonita de Colombia. Dos representantes de la Junta de Misiones estaban visitando Colombia en 1943 cuando una pequeña iglesia presbiteriana cerca de una colonia de leprosos (personas con la enfermedad de Hanson), les hizo ver la necesidad de una escuela para los hijos de los enfermos de lepra. Cuatro misioneros llegaron en 1945, Gerald y Mary Hope Stucky, Janet Solder y Mary Becker que se casó con Héctor Valencia, un director de colegio colombiano, fueron misioneros de toda la vida. Los Stucky y Mary Becker se convirtieron en "colombianos" para los colombianos. Encontraron una finca en una zona aislada, exuberante con árboles frutales, un arroyo y un hotel, a una hora al oeste de Bogotá. Unos alemanes habían construido el hotel pero lo habían abandonado después de la Segunda Guerra Mundial. Esta propiedad les sirvió a los misioneros para construir una escuela y les dio acceso al pueblo cercano de Cachipay, donde comenzaron a compartir el evangelio. Las iglesias comenzaron en la zona, a pesar de la persecución sufrida por parte de la Iglesia católica y de los trastornos políticos. James C. Juhnke en *A People of Mission* llama a la época entre 1948 y 1958 "La violencia". Escribe que "los cultos protestantes fueron interrumpidos, las escuelas cerradas y las iglesias destruidas... pero el área de trabajo menonita de la Conferencia General experimentó

una relativa calma". En la década de 1960 la relación entre católicos y protestantes mejoró y las iglesias crecieron. Las necesidades sociales de la gente y los disturbios políticos dieron lugar a la necesidad de desarrollo comunitario con el establecimiento de Mencoldes (Fundación Menonita Colombiana Para el Desarrollo) y Justapaz, dos organizaciones menonitas que buscan llevar mejores condiciones de vida y de trabajo, así como la justicia y la paz a este agitado país.

Cuando visitamos Colombia por primera vez, la antigua Escuela de Cachipay se había convertido en un centro de retiro y estudio para las cinco iglesias de las provincias y varias iglesias de la ciudad. En 1993 enseñamos en el seminario menonita que se reunía en la iglesia de Teusaquillo. Posteriormente visitamos Colombia varias veces con nuestra participación en el Proyecto Curricular.

Nuestra primera parada en nuestra visita posterior a la jubilación fue pasar varios meses en el seminario de Bogotá. Pudimos vivir en la casa de una pareja que estaba trabajando en el Reino Unido en ese momento. Como las clases se impartían por la noche, solíamos ir andando al Centro Menonita y a la iglesia de Teusaquillo antes de que se pusiera el sol y regresábamos en taxi. Recuerdo la tarde en que Henry no estaba conmigo y uno de mis alumnos se ofreció a acompañarme a casa. Paró un taxi en el que había una pareja en el asiento delantero, explicando que no era seguro para mí ir sola con el conductor. Luego se aseguró de que me dejaran a mí primero, y esperó a que atravesara las dos puertas cerradas de nuestra residencia.

Estábamos a punto de terminar nuestro mandato cuando Henry desarrolló un problema en su ojo dañado. Nuestros compañeros nos llevaron a especialistas que descubrieron un tumor en su córnea. Consultamos con nuestro director general en Kansas, que nos dijo que podíamos volver a Canadá, pero él y su esposa habían trabajado en Colombia y sabían que en Bogotá había cirujanos oculares muy fiables. Tras consultar con nuestros hermanos y hermanas, optamos

por el tratamiento en Colombia. Descubrimos que el médico también viajaba a Montreal para hacer cirugías difíciles. La operación fue un éxito, pero nuestro viaje a Ecuador, nuestra siguiente parada, se retrasó una semana para permitir la recuperación. Estábamos muy agradecidos por el apoyo de la iglesia en ese momento. Durante nuestra última misión con el proyecto curricular en 2003, Henry ya estaba siendo tratado del síndrome carcinoide. Participamos en la asamblea anual en la que experimentó oraciones con imposición de manos. Pudimos disfrutar de otros cuatro años y medio juntos.

Ecuador

Nuestra segunda parada fue en Quito, Ecuador, para visitar a una joven familia misionera de Argentina. Nuestra misión allí cambió porque nos recibieron como abuelos. El tercer bebé de los Chenlos no quiso esperar a que llegaran los abuelos Padilla, así que estuvimos allí para cuidar a los dos pequeños mientras Mauricio llevaba a su esposa al hospital. Funcionó bien para todos.

Bolivia

Pasamos la Navidad con nuestros amigos bautistas en Cochabamba y luego pasamos algún tiempo con las iglesias de Santa Cruz. Nos habían pedido que hiciéramos la enseñanza en el retiro del CCM cerca de Samaipata, la escuela misionera de Tambo. Nos sugirieron repetir el taller Identidad, realidad, espiritualidad y plenitud, con Helen facilitando *"Soy una persona", y Henry "Somos un pueblo".* Esta experiencia fue diferente a cuando habíamos presentado este tema en 1986 porque muchos de los voluntarios eran ahora hispanos. También hubo un retiro con los líderes de la iglesia que se celebró en la granja experimental del CCM.

Paraguay

Luego, viajamos a Ciudad del Este, donde pasamos una semana con nuestros ex alumnos Martha y Rogelio e hicimos una semana de estudios bíblicos en su iglesia. Fue muy bueno acompañarlos, y seguimos en contacto. Rogelio ahora enseña en CEMTA en Paraguay. En Asunción Henry pudo revisarse el ojo. Todo estaba bien excepto que le diagnosticaron glaucoma. Hubo un seminario para líderes de iglesias hispanohablantes en el CEMTA sobre temas del Antiguo Testamento. También hicimos algunas visitas a iglesias.s.

Uruguay

Fue maravilloso volver a Uruguay. No hubo suficientes fines de semana para visitar todas las iglesias en domingo, pero tuvimos una maravillosa convención y algunas visitas a Konferenz. Lo más destacado fue la reunión de Confraternidad, un encuentro entre iglesias menonitas. Pudimos pasar un rato en la playa para refrescarnos. El 9 de abril estábamos listos para volar al norte, pero había un problema. La aerolínea paraguaya (la más barata) había quebrado, así que tuvimos que acortar nuestro tiempo para tomar el último vuelo de *United Airlines* que recogiera a sus pasajeros varados. Eso nos llevó a Miami una semana antes del fin de semana en que íbamos a visitar la familia Falla y la Iglesia Menonita Hispana Refugio de Paz. Reservamos en una casa de huéspedes menonita, alquilamos un pequeño coche y nos tomamos unas vacaciones inesperadas por la costa hasta Disneyworld, cruzando hasta Tampa y atravesando los Everglades hasta llegar a Cayo Hueso. ¿Por qué no? Un vuelo más temprano de regreso a Winnipeg habría costado más.

2. México

F**ue refrescante** estar en casa por un tiempo. Celebramos nuestro 40 aniversario con la mayoría de la familia presente. Luego nos fuimos a Newton, Kansas, para informarnos con el COM antes de ir a México a enseñar en la Steinreich Bibelschule (escuela bíblica) durante cuatro meses. Nuestros nuevos colegas, Abe y Hanna Rempel se reunieron con nosotros en El Paso, Texas, para guiarnos a través de la aduana y hacia Cuauhtémoc.

Aquí hay un poco de contexto. En la década de 1920, aproximadamente 7.000 menonitas abandonaron el sur de Manitoba y Saskatchewan para dirigirse al estado de Chihuahua, en México. Buscaban un lugar donde pudieran vivir de acuerdo con su estilo de vida tradicional, con educación privada y libres de la presión del desarrollo social. Consiguieron grandes extensiones de tierra en el altiplano y pronto se hicieron prósperos en la agricultura, y más tarde, al escasear la tierra cultivable, abrieron pequeñas industrias. A finales de la década de 1920, un grupo de unas 80 familias de *Russlaender* (menonitas rusos) llegó desde la Rusia estalinista directamente a México. La Junta Menonita Canadiense de Colonización los dirigió allí, ya que Canadá había cerrado sus puertas en ese momento. La Comisión de Misión Doméstica de la Conferencia General era ahora responsable del desarrollo espiritual de este grupo de Russlaender, y les proporcionaron un maestro y un pastor, que pudieran hablar alto y bajo alemán. Con el tiempo, tanto la iglesia como la escuela de este pequeño grupo atrajeron la atención de algunos padres de los pueblos vecinos de la Vieja Colonia que querían que sus hijos tuvieran una mejor educación. Así surgieron tres escuelas, la Blumenau - Álvaro Obregón, la primaria Steinreich y la primaria Burwalde que impartían el plan de estudios

mexicano y cursos de lengua y religión alemana. También se desarrollaron iglesias formadas por personas procedentes de los pueblos de la Antigua Colonia. Los maestros y pastores eran asalariados por la Comisión de Misiones de Ultramar (COM) en vez de la Comisión de Misión Doméstica, pero todos los edificios fueron construidos y pagados por la población local. La necesidad de la educación de adultos estaba presente y ya en la década de 1960 se intentó hacer algo al respecto. En 1965 se inició una escuela bíblica para preparar a los obreros de las iglesias locales y buscar formas de marcar la diferencia en la comunidad mexicana circundante.

En los años 80 se creó un centro de formación de líderes y las clases se impartían en un edificio escolar abandonado en el kilómetro 17. En 1988 se trasladó a Steinreich para convertirse en un internado, utilizando el *Kinderheim* (orfanato) abandonado. Este centro de formación de líderes se convirtió en la Steinreich Bibelschule.

En las últimas décadas, los menonitas mexicanos han emigrado a Canadá, Estados Unidos y Belice, donde sus hijos han ido a escuelas de habla inglesa. Cuando la Escuela Bíblica de la Iglesia Misionera Evangélica Menonita de Aylmer, Ontario, cerró, muchos de estos estudiantes optaron por regresar a México para el curso de tres meses de la escuela bíblica de invierno.

Disfrutamos aprendiendo a conocer a los menonitas de la Antigua Colonia. Ya podía hablar algo de bajo alemán, la lengua común. Vivíamos en una casa grande frente a la escuela bíblica que una familia canadiense anterior había construido. Era una escuela pequeña en aquella época y entre nuestros alumnos estaban los jóvenes pastores de las cuatro iglesias buscando cambios. Estas iglesias se habían formado cuando la gente dejó el estilo de vida y la iglesia tradicionales para formar iglesias evangélicas progresistas.

Poco después de llegar a Steinreich, dos hombres de un pueblo cercano vinieron a hablar con nosotros. Habían oído que veníamos de Sudamérica. ¿Daríamos clases de español? No estábamos allí para

eso, pero hablamos con nuestros colegas, que nos respondieron: "Si ven que pueden añadir eso a su trabajo, háganlo". Dijimos que no éramos profesores de idiomas formados, pero que lo intentaríamos. Sin ningún material de programa real, empezamos con las lecciones bíblicas que habíamos presentado en Bolivia y que incluían las historias del Nuevo Testamento de *Dios Habla Hoy* en español, estudiamos los verbos de estas historias y enseñamos su conjugación. Los participantes disfrutaron cantando las canciones en español que habíamos traído. Luego buscamos cosas prácticas, como formularios de ingreso al hospital, comprobantes de depósito bancario y todo lo que pudiéramos encontrar que les ayudara a desenvolverse en las instituciones mexicanas. Esos lunes por la noche se convirtieron en nuestra noche de diversión de la semana. Una de las familias nos invitó a cenar. Después de la comida, el padre dijo: "Les gusta cantar, ¿verdad?". Sacaron un pequeño órgano plegable del armario, sacaron unos viejos cancioneros de *gospel* alemán y me pidieron que tocara y cantamos todos. Fue una velada maravillosa.

Una vez al mes los ministros y diáconos del CG, EMMC y EMC se reunían para convivir y compartir. Pronto nos sentimos muy cómodos con nuestros hermanos y hermanas mexicanos. Antes de irnos esa primavera, nos pidieron que viniéramos por ocho meses al año siguiente para reemplazar a los pastores de una Iglesia de habla hispana a quienes se les había ofrecido la oportunidad de estudiar en Elkhart. Isaak y María Bergen habían sido nuestros alumnos en CEMTA, en Paraguay, algunos años antes. Aceptamos la invitación y regresamos en septiembre. Pasamos tres domingos al mes en la Iglesia de Anáhuac y enseñamos dos días a la semana en la escuela bíblica de Steinreich.

Me pidieron que escribiera la guía de estudio de Mujeres en Misión para el año siguiente. El tema era *Enviadas al mundo de Dios*; era el segundo año de la serie *La casa de Dios*. Se basaba en el Libro de los Hechos. Me gustó esta tarea y la envié. El comité me devolvió el tra-

bajo y me pidió que pusiera "más de ti" en las lecciones. Había intentado evitar el "yo mismo", pero volví a escribir con sus sugerencias.

El segundo año pasó rápidamente. En la primavera, unos amigos de Herbert, Saskatchewan, nos pidieron que atravesáramos México con ellos para visitar las colonias menonitas diseminadas desde Cuauhtémoc a Durango, hasta Campeche en Yucatán. Era una oferta demasiado buena para dejarla pasar. Al llegar a Cancún, nuestro amigo sugirió: "Estamos tan cerca de Belice, ¿por qué no vamos el domingo?". Mientras los hombres trabajaban en los documentos para cruzar la frontera, mi amiga y yo nos encontramos con dos hombres obviamente de la Vieja Colonia, con overoles, camisa a cuadros y sombrero de paja. Me armé de valor y los saludé, preguntando: "¿Dónde están los asentamientos menonitas en Belice?" Nos echaron una mirada a Ruth y a mí y dijeron: "Los de su tipo están en Blue Creek". Suena más gracioso en bajo alemán (*Jüne sort, dee senn enn Blue Creek*).

Fuimos a Blue Creek. Era sábado por la tarde, no había hotel, pero conocíamos a una enfermera, Tina Fehr, que había trabajado en la clínica. Pensamos que podría haber algunas camas allí, así que llamamos a la puerta. La enfermera no estaba, pero la mujer encargada dijo que no podían alojarnos. "¿Por qué no van a Klassens, colina arriba, donde tienen una casa grande?". Nos acogieron calurosamente y descubrimos que sus yernos trabajaban para la familia de mi cuñada en Manitoba. ¡Típicamente menonita! La iglesia también fue muy acogedora al día siguiente. Otra experiencia con hermanas y hermanos.

Antes de que nos fuéramos a casa después de ese segundo año, varios de los jóvenes pastores vinieron a vernos. "¿No se retirarían aquí en México? Aunque no trabajen, necesitamos a personas que nos acompañen y nos apoyen". Esa era una invitación tentadora, pero para entonces sabíamos que necesitaríamos atención médica y que habría dos cruces de frontera entre nosotros y nuestros hijos.

En 2009 me invitaron a volver a la Escuela Bíblica Steinreich. Lo consulté con mis hijos y el pastor de mi iglesia y me animaron a

aceptar la invitación. La Iglesia Menonita de Douglas se comprometió a cubrir algunos gastos. Ahora había unos 250 estudiantes en un nuevo campus. Los estudiantes venían de las iglesias EMC/EMMC así como de la *Konferenz local* para prepararse para el servicio en las iglesias. La mayoría de los profesores venían del sur de Manitoba. Una nueva adición para aumentar el espacio de las aulas y una sala de estudio está casi terminada y se está planeando construir un auditorio. Las residencias para matrimonios y estudiantes solteros ya están reservadas para el próximo curso que comienza en enero. Tienen capacidad para 12 parejas y unos 80 estudiantes solteros. Muchos estudiantes a tiempo parcial vienen en coche desde los pueblos de los alrededores. No pude evitar soñar con que los estudiantes canadienses se matriculen en las clases y luego se queden para ayudar en los diferentes proyectos de extensión. Tomé mis comidas con los estudiantes y me dieron una suite en la nueva residencia para mujeres y algunas familias. Creo que las chicas más risueñas vivían al otro lado de la pared no aislada. Eran jóvenes alegres y llenos de energía, así que ¿por qué iban a estar calladas porque una anciana viviera al lado?

Cuando llegué por primera vez y vi el horario, *Kurze Andacht* (Meditación corta) antes del desayuno, *Morgen Andacht* a las 9:00 AM dirigida por el personal y *Abend Andacht* a las 9:00 p.m. dirigida por los estudiantes, pensé que estaríamos "*Andachted out*" pero llegué a ver el valor de estos tiempos. Los testimonios fueron muy conmovedores. Estaba B, cuyo padre se había suicidado, A, cuyo padre había traído a una segunda mujer a la casa. Muchas familias habían sufrido tragedias. Nunca había oído a tantos jóvenes orar por sus padres. La "falta de autoestima" era otro tema común.

La legislatura no estuvo exenta de problemas. Hay una canción en español que dice: "Entre pruebas y alegrías llegamos al cielo". La mayoría de los estudiantes eran maduros, pero no todos se habían comprometido con el Señor y la iglesia. Tenía que haber reglas y las reglas se pueden romper. Perdimos a un joven que había salido del

campus sin permiso en un accidente de coche mortal. Dos chicas se metieron en problemas y decidieron que Steinreich no era para ellas. Al ser una "comunidad tan unida", todos sufrimos. Un día tuvimos tres reuniones de profesores. Fue especialmente duro para el director, pero le consolé diciendo que Jesús también había perdido a uno. Consideramos la posibilidad de obtener más seguridad ante las amenazas, pero decidimos orar. En México se escuchan las noticias de homicidios, secuestros y violencia. Afortunadamente, hubo un espíritu de unidad entre el profesorado y el personal, y las cosas cambiaron. El ambiente entre los estudiantes se volvió mucho más abierto a la orientación y la cooperación. Varios grupos visitaron el *Altenheim* (hogar de ancianos) y el *Hoffnungsheim*, un hogar para discapacitados físicos y mentales. Un fin de semana, toda la escuela se dividió en grupos que visitaron colonias más lejanas, situadas a una distancia de entre cinco y nueve horas en coche.

Disfruté mucho de mis clases, aunque tuve que esforzarme para preparar los esquemas de los cursos en alemán e inglés; de hecho, para la clase sobre la oración, también hice una versión en español para acomodar a nuestro hermano mexicano. Disfruté especialmente de la clase de Misiones. Visitamos el trabajo que la iglesia menonita mexicana está haciendo en la Colonia Reforma, ahora con unos 300 niños, e interactuamos con la gente que pasa el día en el taller protegido. Isaac Bergen nos habló de la nueva iglesia que tiene unos 100 miembros y 50 personas que toman clases de exploración de la fe. Isaac construyó un ascensor para que los discapacitados del taller pudieran participar.

Visitamos una institución para niños con adicciones de entre 7 y 17 años. Luego acompañamos al director de JUCUM (Juventud con una Misión) por un camino muy accidentado hasta un pueblo indígena tarahumara. La iglesia de allí nos acogió calurosamente. Cantamos algunas canciones en español y conversamos con algunas personas

que hablaban español. Una de las "hermanas" había horneado algunos "panes" para compartir con nosotros, seis pequeños panes a la vez en su pequeño horno. Más tarde, algunos de nosotros visitamos un "rancho" (un asentamiento) no muy lejos de la Escuela Bíblica. Doña Micaela nos preguntó por qué no veníamos más a menudo. Cuando hicimos una evaluación de nuestras visitas, los estudiantes comentaron que la mayor necesidad que habían visto era de *Arbeiter* (obreros).

Un tema emocionante para nuestro estudio fue ver cómo la iglesia menonita se ha expandido en los últimos casi 500 años, en parte debido a la persecución y la migración, con servicios como CCM, y los esfuerzos misioneros intencionales. Les mostré el trimestre del currículo anabautista para niños sobre "Iglesias en todo el mundo. Me preguntaron, "¿Quiere decir que estas iglesias estarán representadas en la Conferencia Mundial en Asunción, Paraguay, en julio?".

"Sí, más de la mitad del millón y medio de menonitas de todo el mundo no tienen raíces germánicas", respondí.

En respuesta a la pregunta del último examen, "¿qué tenemos que ofrecer al mundo los cristianos menonitas?" me alegraron las respuestas: "nuestro énfasis en la Biblia y la vivencia de la palabra y los hechos, *Nachfolge* (discipulado que se centra en la vida y las enseñanzas de Jesús), nuestro concepto de la iglesia como comunidad de creyentes, un camino de paz y reconciliación, y un mensaje de esperanza para todas las naciones. No sólo habían escuchado estos conceptos en mis clases.

Y luego estaba el curso *Las mujeres en el Reino de Dios*. Había tantas participantes que decidí dividir el grupo, las *Mumtjes* (mujeres casadas) de los pueblos cercanos en uno, y las chicas de la Escuela Bíblica en otro. Esta fue mi tarde favorita. Estudiamos a varias mujeres de la Biblia y lo que nos enseñan.

George, el presidente del consejo estudiantil, se había tomado tres meses de descanso del trabajo en el centro de rehabilitación. Sí, los

menonitas, con ayuda del CCM, han abierto un centro para hombres con adicciones. Asistí a la inauguración del centro para mujeres. De los 40.000 menonitas que viven en el estado de Chihuahua, sólo unos 1.000 pertenecen a las cuatro iglesias *de la Konferenz* y otros tantos a la recién creada Iglesia Evangélica Misionera. Eso no quiere decir que no haya cristianos sinceros en las iglesias de la Colonia Vieja o Reinlaender, o los que no asisten a ninguna iglesia, pero hay graves problemas morales y sociales entre algunos de "los nuestros".

Han ocurrido muchas cosas buenas. El consejo estudiantil hizo una jornada de recogida de basura y limpieza en el pueblo cercano de Rubio. También ayudaron a la gente que necesitaba una mano con el jardín o las tareas domésticas. Dos veces los estudiantes renunciaron a su comida del mediodía y la comida fue llevada a la Colonia Reforma para el programa de almuerzo para los niños. Por supuesto, el día de San Valentín y la graduación se celebraron por todo lo alto. No había llevado ropa de fiesta, así que tuve que ir a la ciudad a comprar un vestido nuevo para el banquete de graduación. Henry Peters de Altona hizo maravillas con los coros. Incluso llegaron a cantar en la catedral de la ciudad de Chihuahua. Siete jóvenes maravillosos completaron los requisitos para graduarse. Pasé varios domingos en la iglesia de habla hispana donde Henry y yo habíamos trabajado en 1995 y disfruté de numerosas reuniones de mujeres.

Este es un informe que escribí para el boletín de mi iglesia después de mi última visita.

Orar por la Paz de México

Las plazas centrales de las ciudades mexicanas desde El Paso hasta Cuauhtémoc bullían de gente celebrando la Noche de Grito el 15 de septiembre, la víspera del Día de la Independencia. Pero el Centro Comunitario Emanuel había elegido celebrar de una manera diferente. Después de compartir la

comida y los juegos, la iglesia se dividió en tres grupos para orar, cada uno de ellos orando por una de las tres culturas por las que es famosa la ciudad, los mexicanos, los menonitas y los indígenas tarahumaras. A principios de este año, algunos de los líderes de las iglesias de la "Konferenz" habían viajado a Tamaulipas para participar en una "Cruzada de Oración por la Paz en México" interconfesional. Los discapacitados del taller protegido de la Colonia de Reforma han elaborado adornos de mesa con la inscripción Oremos por la Paz en México. Esta pieza en particular fue hecha por Poto, quien ganó el 20% de los 20.00 pesos en que se vendió.

Nuestros hermanos y hermanas menonitas en México están marcando la diferencia. Están respondiendo a muchas necesidades en el Estado de Chihuahua. El proyecto más grande es el de la Colonia Reforma en Cuauhtémoc, donde Isaak y María Bergen han trabajado durante los últimos 10 años o más. Allí hay una próspera congregación, el taller protegido, un centro comunitario que ofrece terapia física y psiquiátrica y otros proyectos según las necesidades. Los voluntarios ayudan a cocinar una comida de mediodía para aproximadamente 340 niños con alimentos que han sido proporcionados por diferentes congregaciones menonitas. Estos niños reciben clases particulares en una escuela pública vecina por las tardes. Los Bergen dicen que tienen cuidado de elegir profesores "cristianos" para las clases centradas en los valores. El verano pasado, muchos niños asistieron a la Escuela Bíblica de Vacaciones, algunos incluso se colaron para repetir el programa.

La obra de la Colonia Reforma se ha ganado el reconocimiento de los gobiernos municipal y estatal por su influencia en el restablecimiento de la paz en un barrio antes violento. Un ejemplo de la confianza fue la concesión de un

terreno de esquina que el Ayuntamiento había destinado a una comisaría, para construir un nuevo edificio multiusos. "Con ustedes aquí, la policía no es necesaria", le dijeron a Isaak Bergen. La cocina de la iglesia era muy inadecuada para el programa de comidas. El dinero que había sido designado para otro proyecto no había sido despachado, así que las autoridades le dijeron a Bergen en noviembre pasado: "Puedes tener el dinero para instalar una nueva cocina de acero inoxidable para tu proyecto comunitario, pero tiene que estar terminada antes del 31 de diciembre". Pues bien, Bergen movilizó a los comerciantes menonitas y cumplieron el plazo.

Las madres de dos bandas rivales descubrieron que podían trabajar juntas en lugar de pelearse.

También visitamos el orfanato Gotitas de Miel en La Junta, uno de los cinco hogares que los menonitas apoyan. La policía o el DIF (Servicio de Atención a la Infancia y la Familia) traen a los niños de la calle desde los 18 meses hasta el instituto. El director del hogar nos dijo que, si no fuera por los menonitas, los niños no comerían. El único dinero que recibían del gobierno era para pagar algo de gasolina para su furgoneta.

Desde mi visita hace cuatro años, Isaak Bergen recibió el Premio Estatal de la Paz de Chihuahua. Durante la pandemia de Covid-19, a veces veía el servicio dominical transmitido en directo desde la iglesia de Blumenau. Hubo varias muertes por el virus. Hace poco me enteré de que la Iglesia Steinreich estaba ampliando su edificio y que parece haber un crecimiento en todas las congregaciones.

3. India

Mientras vivíamos en Herbert nos sorprendió gratamente abrir un sobre del Congreso Mundial Menonita que había llegado por correo. Contenía una invitación para participar en una consulta sobre Educación Teológica en los Cinco Continentes en el Morning Star College, dirigida por Daniel Schipani y Nancy Heisey, que se reuniría en la India antes del Congreso Mundial Menonita de 1997 en Calcuta. Me pidieron que respondiera a una ponencia sobre Educación No Formal en la consulta y que luego dirigiera un Taller de Educación Cristiana en la conferencia. Mi corazón dio un vuelco: podría ir a la India, cumpliendo un sueño que tenía hace muchos años. Henry estaba conmigo, dirigiendo el culto en la consulta. Tanto Henry como yo tradujimos al español en la conferencia, y también pudimos traducir al alemán para la delegación mexicana.

Cuando hicimos los planes para nuestro viaje, nos dimos cuenta de que las giras de la Asamblea Dispersa planificadas por el comité eran todas posteriores a la conferencia y que nos esperaban en Colombia a principios de enero para comenzar nuestro trabajo con el proyecto curricular. Decidimos salir de casa un mes antes para visitar las sedes misioneras menonitas por nuestra cuenta. Las tres juntas misioneras menonitas más importantes habían comenzado a trabajar en la India hace un siglo, y planeamos visitarlas después de tomar el tren de Calcuta a Nueva Delhi y luego un taxi a Woodstock. En Delhi contratamos un taxi para pasar el día. El conductor nos llevó a diferentes lugares de interés. Luego nos preguntó si queríamos conocer a su madre. Esto nos interesó más que los lugares turísticos porque

pudimos ver cómo vivía esa clase de gente en la India. Nos sirvieron chai con algunos dulces. Como la familia tenía una hija en Calgary, acordamos llevar un pequeño paquete a casa y enviárselo por correo. Por supuesto, pudimos ver el Taj Mahal.

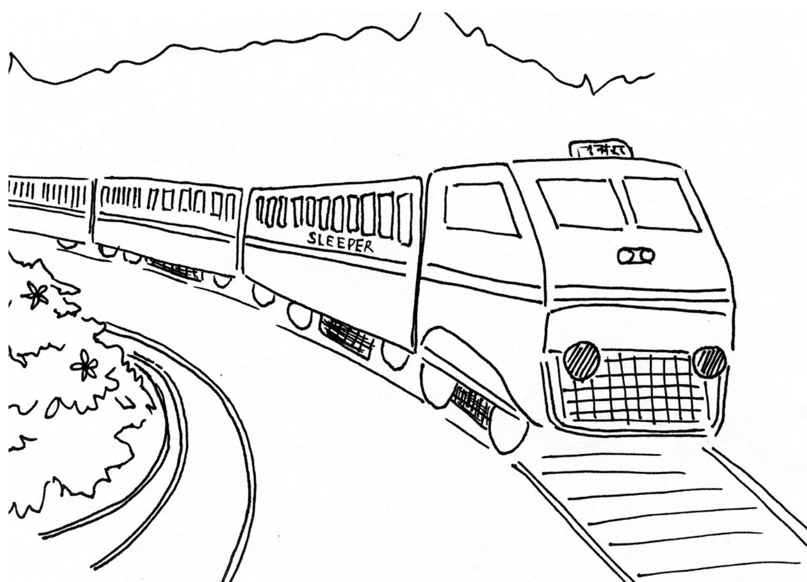
Era diciembre y descubrimos que muchos indios viajaban en tren en esa época, pero afortunadamente nuestra hija tenía una amiga india en Guelph, Ontario, cuya hermana tenía una agencia de viajes en Calcuta. Ella nos ayudó con la primera vuelta del viaje. Luego nos ayudaron a conseguir reservas los amigos que hicimos por el camino, aunque a veces en tercera clase, lo que significaba las camas superiores de las literas triples. Así conocimos a muchos pasajeros interesantes. Nada más ponerse en marcha el tren, los pasajeros sacaban sus paquetes de comida y nos invitaban a la fiesta.

Nuestra primera parada después de Delhi fue Hyderabad, donde habíamos sido invitados a pasar la Navidad con Das y Doris Maddimadagu, que habían sido miembros de la iglesia de Charleswood mientras estudiaban en CMBC. Nos llevaron al trabajo que habían comenzado entre la gente de las tribus. Allí estaba la escuela Mathilda para los hijos de los trabajadores de la piedra y un hogar para las mujeres que habían sido abandonadas por los maridos que trabajaban en las canteras. Das me pidió que hablara en el programa de clausura de su escuela, un servicio a la luz de las velas para profesores y alumnos. Los profesores eran una mezcla de hindúes, musulmanes y cristianos. Henry predicó en el servicio religioso del domingo, con calcetines sin zapatos, como es la práctica de los predicadores allí. También dio el mensaje en la Iglesia de los Hermanos Menonitas de Hyderabad el día de Navidad. Nunca había visto tantos saris hermosos como en esa iglesia.

Al salir de Segunderabad en un tren rápido, nos dieron asiento en un compartimento con dos de los capitanes del tren. Estábamos solos cuando nos sorprendió un fuerte ruido. Yo estaba más cerca de

la ventanilla que había sido golpeada por una piedra. Mi brazo estaba cubierto de sangre por los cortes que había recibido. El capitán de tren se apresuró a entrar. Se sentía muy avergonzado por lo que nos había pasado. Por lo visto, los chicos del pueblo juegan a intentar golpear las ventanillas de los trenes que circulan a gran velocidad y lo lograron esta vez. Me limpiaron y tratamos de tranquilizarnos después del ataque.

Fuimos a Shamshabad, donde la misión Hermanos Menonitas tiene un seminario y un hospital. Desde allí fuimos a Dhamtari, centro de la Junta Menonita de Misiones. Nuestra última visita fue a Jagdeeshpur, el Centro de la Conferencia General, cerca de Champa, donde había comenzado su trabajo. Los médicos indios, una joven pareja, uno de cuyos padres había asistido a la Escuela Menonita



UN TREN EN LA INDIA

Janzen, nos recibieron en su casa. Hablamos en el culto semanal para las enfermeras y ayudantes. Fue interesante ver los tres hospitales. En Segunderabad había un lugar de acampada en la parte trasera con cabañas donde podían alojarse las familias de los pacientes. La sala de maternidad era una gran sala con muchas camas. En Jagdeeshpur, las familias se alojaban en una habitación con el paciente y cocinaban para él. Los *Nains*, los médicos, decían que los enfermos se recuperaban más rápidamente con la familia cuidando de ellos. Nos dijeron que las tres juntas misioneras menonitas habían elegido zonas no muy distantes entre sí para apoyarse mutuamente. Nuestra visita personal a estos centros fue una buena experiencia antes de la conferencia, ya que pudimos ver las diferentes sedes menonitas. Para mí, personalmente, fue un recordatorio de que si hubiéramos ido a la India, nuestro ministerio se habría limitado a unos diez años, ya que los trabajadores extranjeros se habían retirado de la mayoría de las zonas en la década de 1970.

La Consulta de Educación Cristiana fue enriquecedora. Fue bueno compartir experiencias con educadores de, literalmente, los cinco continentes. Los líderes, Daniel Schipani y Nancy Heisey, habían planificado bien. Disfrutamos de los momentos de adoración juntos.

Otra experiencia interesante fue la visita al Centro William Carey en Bengala Occidental. Carey es conocido como el padre de las misiones modernas. Luego nos detuvimos en el río Ganges y visitamos el Museo Ghandi. Había mucha gente, algunos observando los muelles donde se incineraba a sus seres queridos.

El Congreso Mundial Menonita es una experiencia de aprendizaje en sí misma. Adorar con hermanas y hermanos de todo el mundo me pareció una pequeña muestra del cielo. Las exhibiciones y los diferentes tipos de arte, música, danza y arte visual fueron simplemente increíbles. Como sabe cualquiera que haya estado en una gran convención, hacer cola para comer forma parte del programa. Nos

encontramos con un número sorprendente de personas que conocíamos y con muchas que deseábamos conocer. La comida se cocinó al aire libre, pero comimos en una gran carpa. Había hermosas esculturas hechas con frutas y verduras frescas adornando las mesas. Nuestro hotel, que no era de primera clase ni mucho menos, estaba frente a un gran mercado de la ciudad. Todas las mañanas nos recogía un autobús para ir a la conferencia. Teníamos un día libre después de las reuniones, así que algunos de nuestros amigos colombianos se unieron a nosotros en autobús para ver la ciudad. Por fin había pasado un mes en la India. Luego volvimos a Canadá para preparar nuestra misión en Colombia.

4. Taiwán y Japón

Conocimos a la delegación taiwanesa en el Congreso Mundial Menonita en la India. Después de algunos encuentros interesantes, nos invitaron a venir a Taiwán para su seminario de liderazgo. Henry se preparó para dar una serie de charlas llamadas "*Comprender el Antiguo Testamento a través de la persona de Jesús*" durante el día y yo dirigí a los maestros de la escuela dominical con charlas llamadas "*Una forma práctica de preparar el currículo para los niños y las niñas en la iglesia*" por las noches. Teníamos que trabajar con traductores, lo que era diferente para nosotros. Mi traductora era una mujer presbiteriana. Tenía algunas preguntas sobre nuestro concepto de la iglesia como "Comunidad de Creyentes".

Desgraciadamente, Henry se enfermó un día, pero un médico que formaba parte del grupo pudo ayudarle. (En retrospectiva, probablemente fue un ataque que fue el comienzo de su posterior cáncer). Yo había estado con Henry cuando presentó sus temas, así que tomé sus notas y dirigí su clase ese día.

Durante el almuerzo del domingo, Henry se rompió un diente. Sin saberlo, nuestro anfitrión era dentista. Cuando eso ocurrió, le dijo a Henry que estuviera en su clínica a la mañana siguiente. Más tarde, cuando Henry quiso pagar la factura, nuestro hermano dentista le dijo: "No hay que pagar nada. Sólo tienes que decir a tus amigos que te han "coronado" en Taiwán".

Las iglesias taiwanesas son fuertes. El CCM comenzó a trabajar con clínicas móviles y trabajos médicos que pasaron a manos de los menonitas de la Conferencia General a principios de los años cin-

cuenta, según *A People of Mission,* de James Juhnke. El Hospital Menonita de Hualien todavía empleaba a una pareja de médicos misioneros norteamericanos cuando estuvimos allí. La iglesia menonita de Taichung, donde se celebraron los seminarios, tiene once pisos. El primer piso es una piscina que la iglesia aceptó incluir cuando construyó el edificio para obtener el terreno. Hay aulas, guarderías, incluida una para los ancianos cuyos hijos trabajan durante el día, una cafetería y el santuario, así como habitaciones para invitados.

Añadimos una semana a nuestro trabajo en Taiwán para visitar a nuestros amigos misioneros en Japón. Henry predicó en la iglesia de Fukuyoka, donde Peter y Mary Derksen eran misioneros de carrera. Luego fuimos a ver a Virginia Claassen en Miyasaki. Nos hospedamos en el Centro Menonita de Tokio y conocimos a los líderes del lugar. Nos pidieron que visitáramos a Mary Beyler, que era profesora menonita de inglés en Kitami, en la isla de Hokaido. Era la temporada de flores silvestres y vimos grandes autobuses de turistas. Mary nos presentó una ceremonia del té y una casa de baños japonesa. No sólo pudimos viajar en tren por las tres islas, sino que también disfrutamos de una maravillosa comunión con nuestros colegas misioneros. Pido a Dios que también hayamos sido una bendición para ellos.

5. Proyecto curricular

Dondequiera que hice talleres para maestros(as) de Escuela Dominical en español había la misma preocupación: "¿Dónde podemos conseguir materiales de enseñanza?". Algunas iglesias en el sur usaban un viejo programa metodista traducido del inglés, otras habían encontrado algún material de Casa Bautista, pero no eran adecuados para nuestras iglesias. Yo había intentado mostrarles cómo preparar sus propias lecciones, pero realmente necesitaban un programa unificado. Estábamos llegando al tiempo de la jubilación cuando nuestras Juntas de Misiones nos pidieron a Henry y a mí, que trabajáramos en un programa de estudios para niños(as). No queríamos traducirlo ni escribirlo nosotros mismos. Recordé que el Dr. Wyckoff, en mis clases en Princeton, repetía: "Un plan de estudios debe surgir de la gente". Aceptamos ayudar si podíamos trabajar con los educadores de las Iglesias anabautistas. Había varias preocupaciones básicas: la extensión geográfica de nuestras iglesias latinoamericanas, desde México hasta Argentina, y el coste involucrado.

Hicimos un plan. Si podíamos hacer talleres de escritura en zonas clave y recibir alguna ayuda de las diferentes agencias misioneras, podríamos lograrlo. Conocíamos las iglesias sudamericanas, y se sugirió que Janet Breneman, quien había estado trabajando en Centroamérica, se uniera a nosotros para coordinar el proyecto. Janet vino desde Pensilvania a nuestra casa en Saskatchewan (era más barato que una persona se movilizara en avión) en septiembre de 1996. Trabajamos durante una semana en la planificación, la organización y la elaboración de una propuesta para presentar al Concilio de Ministerios Internacionales. Conocimos a educadores de la iglesia muy capaces,

en su mayoría graduados de seminarios, que representarían a las diferentes regiones y convenciones. Tuvimos a Ondina de Honduras, Isdalia y Patricia de Colombia, Oscar y Martha de Paraguay, y Virginia de Argentina. Con el tiempo varios otros participaron en la redacción. Fijamos la fecha de la primera reunión del comité editorial y del taller de redacción en Cachipay, Colombia, en enero de 1998. Eso significaba que tendríamos que regresar a toda prisa del Congreso Mundial Menonita en la India.

El Concilio de Ministerios Internacionales, siete juntas de misiones menonitas y el CCM acordaron financiar el proyecto. Estábamos listos para empezar. El tiempo no nos permitía un plan de estudio completamente original, así que recibimos permiso para utilizar el nuevo Programa Jubileo que se estaba usando en Norteamérica para los textos bíblicos y el objetivo central de cada lección. El diseño sería propio. Con nuestro comité editorial llamamos al currículo *Enséñanos tus Caminos, Currículo Bíblico para niños y niñas.* Janet se sentía más cómoda coordinando el nivel III (para niños de 11 a 13 años) en Centroamérica y México, y Henry y yo trabajaríamos con los niveles I y II en Sudamérica. Eso significaba que produciríamos nueve años de 13 lecciones para cada trimestre. ¡Vaya!

Intentamos convocar talleres de escritores en centros de retiro o seminarios para facilitar los servicios de alojamiento y la alimentación de un grupo. Comenzábamos nuestras reuniones con un tiempo de adoración y la bienvenida. A continuación, Henry daba un par de charlas sobre la historia y la teología anabautista. Procedíamos a estudiar los temas del libro para el cual íbamos a escribir las lecciones. A veces podíamos contar con la ayuda de un pastor o profesor local. Yo describía el diseño de la lección, la etapa de desarrollo de los(as) niños(as) y el procedimiento de escritura. Por lo general, dos o tres participantes componían una lección, la escribían en grandes hojas de papel y la presentaban a todo el grupo para su evaluación y sugeren-

cias. A continuación, realizaban los cambios y presentaban sus lecciones al comité. Al final de cada taller, los escritores se llevaban las lecciones para escribirlas en casa. Por estas recibían una remuneración. El comité editorial se reunía cada año para editar las presentaciones antes de que Henry pusiera las lecciones de los 26 libros de los niveles I y II en la plantilla que había puesto en nuestra computadora y luego enviaba las copias a los editores para una revisión final. Según recuerdo, los talleres eran momentos de productividad, compañerismo y, cuando era posible, una excursión. Los participantes desarrollaron relaciones entre sí y la comunicación entre las iglesias de cada región se enriqueció.

En enero de 1999 se llevaría a cabo una *Consulta Latinoamericana* en Paraguay. Queríamos tener listos los primeros trimestres para presentarlos a las iglesias en ese encuentro. Los editores trabajaron en Montevideo antes de llevar los primeros libros a Paraguay. Qué gusto nos dio poder presentar el proyecto y que nuestro esfuerzo fuera aceptado.

Las dos instituciones de Paraguay, el IBA (Instituto Bíblico Asunción de los Hermanos Menonitas) y el CEMTA (Centro de Educación Teológica de Asunción), patrocinaron conjuntamente el taller de escritura como parte de sus respectivos cursos de educación cristiana.

> *Permítanme compartir algunas experiencias interesantes*:
>
> *Algunos de nuestros escritores no habían crecido con la escuela dominical y las historias bíblicas. Durante un taller, el escritor contó la historia de la alimentación de los 5000 diciendo*:
>
> *"La madre de un niño le había dado cinco panes y dos pescados para vender". Conociendo el contexto cultural de este escritor, esto no fue nada sorprendente. Ahora bien, ¿cómo tratar eso para respetar las ideas del escritor y seguir*

siendo fiel a la Palabra? En casos como ese utilizamos expresiones como "podría haber sido" o "tal vez". Por cierto, ¿qué niño comería 5 panes y 2 peces?

Otra: *¿El título del libro sería "Jesús, Dios Hecho Hombre" o "Jesús, Dios*

Hecho Humanidad"? Luchamos por eso y elegimos Jesús, Dios Hecho Hombre. ¿Qué piensa usted?

Cuando nos aseguraron que los ejemplares estaban listos para circular, los enviamos a los representantes de las iglesias de cada área para que los copiaran y distribuyeran. Nuestra iglesia local se ofreció a hacer las copias en su impresora, unas 12 de cada uno de los 26 libros de los niveles I y II. Queríamos evitar los altos costes de impresión y transporte. Álvaro García de Colombia puso los Años B y C en DVD en Colombia. Las dos agencias de publicación en español SEMILLA, Seminario y Editorial Anabautista Latinoamericana, y CLARA, Centro Latinoamericanos de Recursos Anabautista, los distribuyeron. Cada iglesia podía descargar las lecciones y copiar tantas como las que necesitara. Alberto Zornoza de Colombia, un artista profesional, hizo las ilustraciones y Martha Duarte de Paraguay grabó las canciones.

Agregamos dos trimestres al programa que Henry y yo hicimos nosotros mismos porque sabíamos que nuestros escritores no tendrían acceso a la información. Uno fue "Héroes de la fe", que incluía a cinco personas de la historia de la Iglesia, cuatro de la Reforma Anabautista y cuatro líderes menonitas latinoamericanos. El segundo fue "Iglesias en Todo el Mundo", el que habla de 12 países donde la iglesia creció a partir de la labor de una variedad de juntas misioneras menonitas, y luego termina con una celebración del Congreso Mundial Menonita. Hace poco abrí los discos del Año B y del Año C y conté un total de 120 escritores de Argentina, Bolivia, Brasil (que tuvieron

que ser traducidos del idioma portugués), Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Paraguay y Uruguay, 24 libros y 12 libros en Centroamérica. ¡No tengo el Año A y algunas de estas personas pueden haber hecho más de uno!, pero me aseguré una vez más que *Enséñanos Tus Caminos* realmente surgió de nuestras iglesias.

No puedo cerrar esta entrada en mi historia sin una profunda expresión de gratitud a Dios y a los muchos y maravillosos participantes con los que tuvimos la bendición de trabajar en este proyecto durante tres años y medio. Los miembros del comité editorial son increíbles profesionales dedicados a la tarea de enseñar en las iglesias, y los escritores realmente demostraron que las iglesias tienen muchas personas dedicadas al ministerio. Los artistas y otros colaboradores dieron mucho de su tiempo y talento. También me gustaría agradecer a las juntas de misiones, al CCM y a las iglesias por sus oraciones y donaciones para hacer posible el proyecto. Ahora confiamos el plan de estudios a quienes lo han utilizado, y lo están utilizando, en el ministerio de la enseñanza de la iglesia. Para Henry y para mí, este proyecto fue una forma maravillosa de poner fin a nuestros años de servicio activo.

IV
Última salida de Henry

Durante varios años Henry había sufrido ataques repentinos de vómitos. Probablemente el primero ocurrió cuando aún estábamos en México. Luego fue en Asunción, Paraguay, donde buscamos ayuda médica. Tal vez, si hubiera permanecido más tiempo en el hospital, habrían encontrado la causa, pero como se sentía tan bien una vez terminado el ataque, seguimos adelante. En Taiwán, nuestro nuevo amigo, el Dr. Harrison, estaba preocupado, pero de nuevo, Henry pudo terminar sus clases. Un día, de vuelta a Herbert, me harté e insistí en que fuéramos al hospital. Nuestro médico familiar nos envió inmediatamente a Regina y allí se supo la verdad. Una intervención quirúrgica reveló un síndrome carcinoide que se había originado en su intestino delgado. "Si hubiéramos descubierto esto antes", dijeron los médicos. Nosotros también lo pensamos. Ya tenía lesiones en el hígado, por lo que un trasplante estaba descartado debido a los medicamentos antirrechazo que necesitaría.

Tras otra intervención quirúrgica en el Hospital Universitario de Saskatoon, nos enviaron de nuevo a casa sin posibilidad de tratamiento. Nuestro médico nos sugirió que fuéramos a ver a un herbolario chino de Vancouver que había ayudado a uno de sus pacientes. Hicimos las maletas y nos fuimos a Vancouver. Salimos de la clínica de Chinatown con un montón de paquetes de una mezcla de raíces,

hojas y semillas y quién sabe qué más, y una olla especial para hervir el té hasta que estuviera fuerte. No sólo apestaba el ambiente, sino que tenía un sabor horrible. Lo cociné y mi esposo se lo bebió valientemente. Al mes siguiente, cuando volvimos a hacernos un TAC en Saskatoon, el oncólogo vino corriendo a la habitación.

"¿Qué has hecho? He visto tu hígado antes y algo ha cambiado".

"¿De verdad quieres saberlo?", preguntó Henry. Entonces le dijimos que habíamos estado en Vancouver y que habíamos seguido las instrucciones del médico natural. El oncólogo nos pidió que le lleváramos un paquete la próxima vez que fuéramos a hacernos un TAC. Cuando le llevamos un paquete de hierbas, quiso llevarlo al laboratorio. Tenía miedo de que los científicos lo desecharan sin más, pero nos aseguró que había funcionado.

"Porque vi la diferencia en sus tomografías", repitió.

Seguimos con el tratamiento. Cuando llegó el momento de volver a Colombia para trabajar en la edición del proyecto curricular, nos llevamos algunos paquetes de la naturaleza de Dios. Nuestros amigos Helen y Rudy Baergen, donde nos alojábamos, nos permitieron utilizar su cocina y toleraron el olor en un sufrimiento compasivo con nosotros. Durante todo este tiempo, fuimos conscientes de que muchas personas oraban por nosotros. En la asamblea de Cachipay, Colombia, los líderes impusieron las manos a Henry y oraron por su curación. De vuelta a casa, en nuestra oficina, Henry terminó el trabajo informático de los últimos trimestres del plan de estudios. Participamos en algunos servicios ecuménicos de sanación. Parecía que la sanación no significaba necesariamente una cura.

Mientras tanto, recibimos una carta de la clínica oncológica en la que nos decían que querían probar algunos tratamientos nucleares, pero que tendríamos que ir a Edmonton (Alberta) o a Londres (Ontario), los únicos lugares en Canadá donde se hacían estas aplicaciones. Edmonton estaba más cerca, y tengo una prima que vive allí,

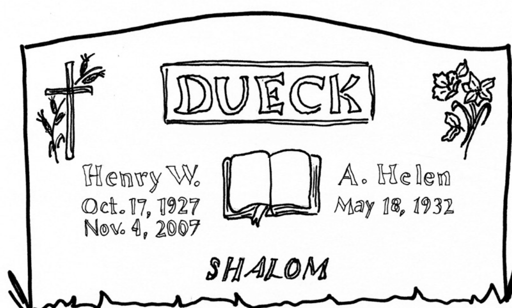
que tenía un lugar para que Henry se aislara con su propio dormitorio y baño mientras el material nuclear salía de su cuerpo. Normalmente nos quedábamos unos cinco días, pero una vez, cuando entramos en el aeropuerto de Edmonton, saltó la alarma. Pudimos mostrar nuestra carta del hospital y nos permitieron subir al avión. Hicimos siete viajes a Edmonton, los cuatro primeros en coche mientras estábamos en Herbert, Saskatchewan. Luego nos trasladamos a Winnipeg, lo que nos permitió volar. Seguíamos disfrutando de una buena calidad de vida. En agosto fuimos a Ontario con nuestra pequeña autocaravana. Habíamos trabajado mucho para terminar el libro de historia pictórica que describe la vida de nuestra familia, y pudimos presentarlo en la reunión familiar en la casa de Karen y Charles en Meaford, Ontario. Fue una experiencia maravillosa y Henry se sintió lo suficientemente bien como para conducir parte del viaje a casa.

Los médicos nos habían dicho que los pacientes no morían de este tipo de cáncer, pero Henry se estaba debilitando. El día antes de su cumpleaños número 80, el 17 de octubre, el Dr. Wong, el oncólogo de Winnipeg, nos dijo con tristeza que había llegado el momento de decirle a la familia que no tardaría mucho. Podíamos buscar cuidados paliativos o poner una cama de hospital en nuestro estudio/habitación y recibir ayuda de *Homecare*. Elegimos esta última opción. Hasta entonces Henry había luchado mucho, pero ese día cedió su resistencia. Karen había venido para su cumpleaños; Suz vino durante unos cinco días. Bill y Sara iban a venir de visita en noviembre, pero entonces Bill cambió su boleto, dejó su trabajo y vino para estar con su padre. Juntos aprendimos mucho sobre los cuidados. Luisa y su familia nos acompañaron a veces. Ella nos proporcionó la compota de manzana que facilitaba la ingestión de la hidromorfina. Nuestros dos nietos mayores se mudaron a nuestro salón la última semana. Tuvimos que limitar algunos de los visitantes. Henry invitó al pastor y al director del coro de nuestra iglesia a planificar el funeral con él. Insistió en que el tema del programa fuera la Gracia, *chesed* en hebreo.

El viernes 2 de noviembre por la tarde, Henry estaba tranquilo y pensamos que podría morir esa noche. Nuestra nieta Lena sugirió que le gustaría leer II Timoteo 4:6-8, su hermano Benjamín se ofreció a leer el Salmo 23, y Bill leyó el Salmo 121. Luego leí el Salmo 91 y oré. Cantamos. Fue un momento tan sagrado. Nuestro querido exhaló su último aliento al mediodía del domingo 4 de noviembre con una sonrisa en su rostro. Había predicado su último sermón.

El lunes, a primera hora, Bill fue al aserradero a comprar madera y encontró sitio en el garaje de un primo para construir el ataúd y en el taller de otro primo para terminarlo. Era sencillo, hermoso, tan acorde con la vida de su padre.

El jueves por la noche tuvimos una visita en la iglesia porque muchas personas no pudieron venir el viernes. Luisa y sus hijos ofrecieron música instrumental y Jessie Kehler, de la iglesia de Charleswood, dio una meditación. El viernes por la mañana nos despedimos por última vez en el cementerio, donde Jake Harms, amigo de Henry desde hace mucho tiempo, dirigió la ceremonia. Luego volvimos a la iglesia de Douglas, donde la familia, los hermanos y muchos amigos habían venido a celebrar la vida de Henry con nosotros. Fue un programa encantador. El hermano menor de Henry, Jack, moderó el micrófono abierto después de la recepción. Esto es lo que escribió después del servicio:



PIEDRA CONMEMORATIVA

La muerte no sea orgullosa

Ahora es el momento de dejar ir a Henry W. Dueck: de dejarlo en paz.

Me viene a la mente el poeta metafísico John Donne:

La muerte no sea orgullosa. Aunque algunos te hayan llamado

Poderosa y temible, porque no lo eres.

Este memorial es un libro terminado por la danza de la fe en la vida.

La danza inicial de Lena Bender (nieta de Henry) sobre la canción "*My life flows on in endless song above earth's lamentation*" (Mi vida fluye en una canción interminable por encima del lamento de la tierra), disuelve las suposiciones de la muerte en una completa danza consorte de sonido, poesía y cuerpo. "Oh, cuerpo mecido por la música, oh, mirada luminosa, ¿cómo podemos conocer al bailarín de la danza?" (Yeats). Y nosotros, por encima del lamento de la tierra, percibimos la canción real, aunque lejana que aclama una nueva creación.

¡La muerte no sea orgullosa! Aunque algunos te han grabado poderosa y

terrible...

Porque quien no crea, inmerso en el vestíbulo de la "espantosa" pérdida y el dolor, debería contemplar estas dos mesas aquí delante de nietos preparados para hacer la vida, listos en la curiosidad y la fe en la vida misma: llevando el don triunfante como lo hizo su abuelo. Haciendo la vida fielmente en su danza triunfal.

¡La muerte no sea orgullosa!

Pues agradecemos a Henry que haya hecho la vida con energía y creatividad en la composición que se le dio para su tiempo: genes, género, inteligencia, formación eclesiástica y fe en el Creador de todos nosotros; fe en la vida misma respondiendo a la muerte.

Agradecemos a Henry que halagara a Cristo modelando su vida según el eterno galileo que le recordaba "he vencido al mundo". Henry encontró su deleite en cómo la narración bíblica se convirtió en un texto vivo en su estudio. ¡La muerte no sea orgullosa! Porque en ese texto encontró la vida eterna. Innumerables personas encontraron alimento espiritual a través del suave empuje pedagógico de Henry: ¿Cómo es de cierta la Biblia?

¡La muerte no sea orgullosa!

En un lúgubre y borrascoso Viernes Santo, Henry y yo (su hermano menor) estábamos al abrigo del gallinero, ambos destrozados por la muerte de nuestra segunda madre. Como niño de siete años, murmuré sobre el tiempo, que coincidía con mi desesperación; Henry, de doce años, dijo: "¡Pero Jacob, ya viene la Pascua!".

¡La muerte no sea orgullosa!

Ya has escuchado la canción del triunfo: Henry tocó tantas vidas en Brasil, Uruguay, Bolivia, Paraguay, México, Suiza, EE.UU. y Canadá con su querido tema de la Biblia hebrea *chesed* y el Nuevo Testamento *xapris* (gracia). Era conocido por su sonrisa y su compromiso sin prejuicios. Ayer conocí a un hombre que me dijo

que había llevado una carga inmensa, casi imposible de expresar, una tragedia familiar en curso. “Al encontrarme con Henry, asombroso, se me hizo fácil y la carga fue ligera. Ahora nuestra familia está caminando por el camino de la curación”. Henry no dio ningún consejo, no transmitió ningún juicio, sino que le escuchó y le animó a él y a su familia a creer y hacer vida, no muerte. De repente, la vida, la oración y las escrituras cobraron un alegre sentido.

¡La muerte no sea orgullosa! «¡Muerte, morirás!

Porque desde los primeros días de Coaldale, yo, incluso ahora, oigo a Henry cantando la interminable canción de la vida, la danza de su espíritu coincidiendo con la de su nieta “por encima del lamento de la tierra”. La canción final:

Oh amor que no me dejará ir,
Descansa mi alma cansada en Ti;
Te devuelvo la vida que debo,
Que en tus profundidades oceánicas su flujo
Que sea más rica, más plena.
Oh Luz que sigues todo mi camino,
Te cedo mi antorcha;
Mi corazón restablece su rayo prestado,
Que en el resplandor de tu sol el día
Que sea más brillante, más justo.
Oh, la alegría que me alivia a través del dolor,
No puedo cerrar mi corazón a Ti;
Trazo el arco iris con la lluvia,
Siento que la promesa no es vana
Esa mañana será sin lágrimas.

Oh Cruz que levantas mi cabeza,
No me atrevo a pedir volar de Ti;
Yacía en el polvo la gloria de la vida muerta,
Y del suelo florece el rojo
La vida será interminable. (
George Matheson, 1882)

Ahora estamos llamados, con la misma fe que vivió Henry, a dejarle marchar; **a dejarle ser.** Henry ya no necesita la bendición, ni nuestras flores, ni siquiera nuestros recordatorios de las Escrituras. Ahora es para siempre. Ahora lo entregamos **al amor que no lo dejará ir.**

Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? El amor, la gracia y el *chesed* triunfan. Porque así fue en el principio, es ahora y será siempre, por los siglos de los siglos. Amén

Jack Dueck 12 de noviembre de 2007

V
Ahora, ¿quedarse en casa?

Todavía se siente muy extraño permanecer en un lugar sin la previsión de volver a salir. Como he escrito, seguimos participando activamente en asignaciones de voluntariado después de la jubilación formal. Una vez, cuando el director general de la Junta de Misiones de la Conferencia General nos ofreció una nueva asignación, sugerimos que buscaran a gente joven para involucrarse. La respuesta fue: "Ustedes llegan a un lugar el sábado y pueden empezar a trabajar el domingo". No siempre estábamos dispuestos a lanzarnos tan rápidamente, pero nos sentíamos cómodos en el mundo de habla hispana o alemana.

Salí una vez después de que mi compañero de equipo falleciera. Disfruté de mi trabajo como profesora en la Escuela Bíblica Steinreich, pero me sentía sola, y no quería conducir un coche en México. Me alegré cuando unos amigos me recogieron para acompañarles el fin de semana. Cuando el director de la escuela me llamó con una invitación de nuevo al año siguiente, oré pidiendo **alegría** para decir "sí" o **valor** para decir "no". Obtuve valor.

Henry y yo nos trasladamos a Winnipeg para estar más cerca de un aeropuerto y de una atención médica más conveniente; nos unimos a la Iglesia Menonita de Douglas, donde pronto nos sentimos como en casa. Seguía habiendo un grupo de Mujeres en Misión del que disfruté mucho. Me invitaron a predicar varias veces y me ofrecí

como voluntaria en los clubes de niños. Seguimos viajando, sobre todo para ver a nuestros hijos e hijas los primeros años, pero eso se volvió demasiado difícil para Henry, así que simplemente disfrutamos de estar en casa juntos y recibimos visitas. Poco después de su fallecimiento, me invitaron a un almuerzo. Cuando llegué y abrí la puerta miré a mi alrededor. Sólo había viudas y mujeres mayores solteras. "¡Oh!", dije.



BETHEL PLACE

Las cosas cambiaron drásticamente cuando me quedé sola. Pude hacer algunos viajes más largos, a Sudamérica y a México. Me pareció mejor trasladarme a Bethel Place, donde recibiría más ayuda y estaría cerca de una iglesia. Me sentía como una extranjera aquí debido a mis antecedentes y a los muchos años en el extranjero. A menudo anhelaba hablar con alguien que hubiera tenido experiencias similares. También fue diferente trasladarme a un lugar donde era una persona soltera. Me gustaba dirigir el culto y dar algún que otro sermón o estudio bíblico en Bethel Place. Eso se hizo más difícil debido a mi discapacidad física. Había perdido el equilibrio debido a un pequeño derrame cerebral y tenía que depender de un andador, tuve que re-

nunciar a mi coche y a mi permiso de conducir. Recuerdo que mi madre me dijo una vez: "Estoy tan cansada de la 'charla de viudas'", y ahora entiendo lo que quería decir.

El Grupo de Compasión y el Club de Lectura de la iglesia me han ayudado a integrarme. Durante una reciente enfermedad recibí las oraciones y la ayuda de muchas personas.

A veces me pregunto, ¿qué me queda por dar? ¿Quién soy ahora? Entonces recuerdo lo que dijo una vez un pastor en un estudio bíblico para mayores: "No olvides que aún puedes amar y orar: por tus hijos, nietos y muchas más personas". Agradezco especialmente los correos electrónicos, las llamadas telefónicas y las cartas. Estoy agradecida por los muchos recuerdos que puedo disfrutar, especialmente siguiendo a nuestros antiguos alumnos. La semana pasada hablé con uno de los pastores de Montevideo, un estudiante que se convirtió en mi pastor. Me dijo que estaba "discipulando a líderes para que tomen el relevo cuando ella se retire el año que viene". El trabajo continúa.

Internet y el teléfono me han mantenido conectado durante la pandemia de Covid-19. Pero más que la tecnología, mis momentos de tranquilidad por la mañana con el mate (té de yerba sudamericano), el devocionario alemán *Neukirchener Kalender* y la Biblia en español. Mis conversaciones con Dios me han sacado adelante. El salmista expresa bien mis sentimientos:

A los que me aman, los libraré;
Protegeré a los que conocen mi nombre.
Cuando me llamen, les responderé;
Estaré con ellos en los problemas,
Los rescataré y los honraré.
Con una larga vida los satisfaré,
y mostraré mi salvación.
Salmo 91.14 - 16

Agradecimientos

Comencé este proyecto para mí misma, poniendo mis recuerdos en mi computadora. Mis experiencias comenzaron a ser más vívidas, más significativas, a medida que iba de un lugar a otro, recordando a las muchas personas que habían afectado mi vida y sus vidas. Compartíamos el deseo de servir como mensajeros del Señor, cumpliendo juntos el gran mandamiento de compartir la buena noticia del Evangelio con otros peregrinos, haciendo avanzar así el Reino de Dios y la bondad de Dios.

Tengo la suerte de tener el privilegio de consultar a personas que han trabajado en la mayoría de los lugares donde hemos vivido y trabajado. Agradezco que Kathleen y Arthur Driedger hayan leído el capítulo sobre Bolivia y hayan hecho sugerencias y correcciones. Helen Baergen con su esposo Rudy habían servido en Bolivia y Colombia y ayudaron con sus ideas, al igual que el hermano de Helen, Abe Janzen, con quien habíamos pasado tiempo en Bolivia. Elma y John Wiebe pasaron diez años en Colombia durante los primeros años de la expansión de la Iglesia Menonita Colombiana. Helen Ens compartió sus valiosos conocimientos y experiencias de los inicios de la Iglesia Menonita de la Conferencia General en México, al igual que Hanna Rempel, quien sirvió varios períodos en México con su esposo Abe. Helen Rempel con su esposo Art estuvo en Taiwán y hablamos de la iglesia allí. Me dio mucha pena que nuestra buena amiga y colega Milka Rindzinsky falleciera antes de que pudiera enviarle un manuscrito, pero sigo en contacto con la iglesia de Uruguay a través de Beatriz Barrios, mi amiga y pastora, así como de Hermann Driedger y Anneliese y Dietmar Woelke que estuvieron con nosotros durante nuestros muchos años en Uruguay.

Siempre apreciamos las visitas administrativas cuando estábamos en Sudamérica. Recuerdo a Glendon Klaassen y su esposa Rietha. Habían trabajado en Colombia y Héctor Valencia era en realidad un miembro de la iglesia colombiana. Era bueno tener ejecutivos que podían hablar español e interactuar con los miembros de las Iglesias latinas. Comprendían nuestras preocupaciones. Valoro las cartas y tarjetas que recibí de ex alumnos y colegas de nuevo en esta Navidad. Aprendimos a apreciar a los Baergen y a su marido Rudy en la iglesia de Charleswood. Más tarde trabajamos cerca de los Baergen y también vivimos con ellos en Colombia. Helen ha accedido amablemente a escribir el Prólogo. Muchas gracias.

No puedo imaginar mi vida sin mi mejor amigo y compañero de equipo, Henry. Se nos reconocía como un equipo allí donde trabajábamos. Supongo que se debía a que nuestros dones se complementaron, ya que Henry se encargaba más de los estudios bíblicos y teológicos, que yo solía complementar con actividades de grupo y debates o aplicaciones a sus vidas.

Tampoco puedo imaginar nuestras dos primeras décadas de vida en Brasil y Uruguay sin nuestros hijos. Hicieron amigos y participaron en el trabajo de los jóvenes, en los clubes de niños; todos aprendieron a tocar la guitarra y cantaron con nosotros. Intentamos incluirlos siempre que fue posible. A veces añadíamos a los viajes de trabajo algún tiempo de aventura o de vacaciones.

Mi agradecimiento especial a Larry Danielson por su estímulo, que nació durante la clase de *Xplore* en CMU en la clase que impartió, Frases de Vida, no sólo me inspiró, sino que también me guió a través de los diferentes pasos para escribir las historias de nuestras vidas. Nuestra amistad, que evolucionó gracias a los recuerdos que Larry y su mujer tenían de mi difunto cuñado, Jack Dueck, a nuestros intereses comunes, reforzó mi deseo de escribir y reescribir para conseguir que mi proyecto estuviera a la altura que mi profesor y mi editor

habían establecido.

Gracias también a Erica Ens por corregir el primer borrador y hacer útiles sugerencias. Erica pasó parte de su infancia y juventud con sus padres misioneros en Brasil y México.

Cuando sentí el deseo de presentar esta historia en español a mis hermanas y hermanos en el sur, busqué a alguien que me ayudara. En una conversación con el director del Centro de la Historia y Museo de los(as) Menonitas en la Universidad Canadiense Menonita, Conrad Stoesz me comentó que ellos lo podrían hacer con un programa de traducción que tenían alquilado. En pocos días lo terminaron. Muchas gracias. Agradezco también a Karen Flores de Honduras por animarme y por hacer la traducción del capítulo *Proyecto Curricular*.

Equilibrar las responsabilidades familiares y profesionales requiere una determinación. Imagínese hacerlo en un país extranjero y con una familia joven. La autora Helen Dueck no tiene que imaginárselo. Esta fue su vida después de que ella y su esposo respondieron a la llamada al ministerio. Mientras su familia crecía, también lo hacían las dificultades y alegrías de su vida ministerial en el extranjero.

Salidas y entradas: nuestro ministerio con iglesias menonitas de América Latina latinoamericanas y más allá son las memorias de Helen Dueck, esposa, madre y ministra profesional. Desde sus primeros años de infancia en Saskatchewan, Canadá, hasta sus estudios de magisterio, Dueck comparte los muchos pasos que la llevaron a ella y a su esposo a su trabajo ministerial. Desde Brasil hasta Bolivia, Uruguay, Colombia y México, fueron invitados a enseñar, primero con iglesias e instituciones inmigrantes, después con iglesias nacionales en la preparación de líderes. Trabajando en equipo, Dueck y su difunto esposo adaptaron su estilo de vida a su trabajo. Apoyaron a sus colegas en el desarrollo de iglesias fuertes y el crecimiento de la comunidad menonita. Incluso en la jubilación, el compromiso de los Dueck con su fe y su comunidad fue inquebrantable.

Con honestidad y humor, *Salidas y entradas* ofrece una mirada poco común sobre las misiones, comunidades e iglesias menonitas de América Latina. Aún más inusual, estas memorias son el retrato de cómo una mujer alcanza la armonía como esposa, madre y profesional.

Helen Dueck trabajó en el ministerio y vivió en América Latina durante casi cincuenta años. Es miembro activo de la Iglesia Menonita Bethel y ex alumna de Goshen College y del Seminario de Princeton. Como la única extranjera que enseñó en el seminario menonita de Montevideo que vive todavía, Dueck se animó a compartir sus historias. Los estudiantes de este seminario influyeron en el crecimiento y expansión de las iglesias nacionales e iglesias de inmigrantes alemanes. Ella espera que otros aprendan de las historias de estas personas y de las iglesias hermanas en el extranjero.

Salidas y entradas: nuestro ministerio con iglesias menonitas de América Latina latinoamericanas y más allá es el primer libro de Helen Dueck. Vive en Winnipeg, Manitoba.

editorial Colirio